



UNIVERSITAT DE BARCELONA



**ICCS (Investigació sobre conflicte i
Canvi Social, grup de recerca de la
Universitat de Barcelona)**

**Equip de recerca ad hoc sobre
revolucions als Països Àrabs**

**Working paper 1 –
Autor: Salvador Aguilar (Depart. de
Teoria Sociològica de la Universitat de
Barcelona)**

Març-maig de 2011

UNA REVOLUCIÓN ORIGINAL **Revueltas cívicas y revoluciones** **democráticas en los países árabes,** **2009-2011**

Salvador Aguilar

INDICE

- (I) CONSIDERACIONES PRELIMINARES E HIPÓTESIS DE TRABAJO**
- (II) DIMENSIONES DEL FENÓMENO**
 - (1) CAMBIO DE RÉGIMEN**
 - (2) EL ESTAMENTO MILITAR**
 - (3) DEMOCRATIZACIÓN ORIGINAL**
 - (4) PRESIÓN DESDE ABAJO: LAS REVUELTAS CÍVICAS**
 - (5) NUEVOS REPERTORIOS Y ESTRUCTURAS DE MOVILIZACIÓN (NTIC)**
 - (6) EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL CAMBIO DE RÉGIMEN**
 - (7) LA CRISIS ALIMENTARIA: FACTOR DESENCADENANTE 1**
 - (8) INDIGNACIÓN: FACTOR DESENCADENANTE 2**
- (III) DIMENSIONES ADICIONALES**
 - (1) LA FALACIA DEL DETERMINISMO CULTURAL**
 - (2) LOS DETERMINANTES SISTÉMICO-MUNDIALES**
- (IV) OLAS DEMOCRATIZADORAS Y REVOLUCIONES EN EL SUR GLOBAL: RAZONES TEÓRICAS**
 - (1) QUÉ APRENDER DE LAS OLAS PREVIAS Y DE LOS MODELOS TEÓRICOS**
 - (2) LOS FACTORES NOVEDOSOS DE LA REVOLUCIÓN ORIGINAL ARABE**
 - (3) DE REVOLUCIONES**
- (V) HACIA DÓNDE VAN LAS REVOLUCIONES ARABES**
- (VI) CRONOLOGÍAS DE ACONTECIMIENTOS CLAVE**
 - (V.1) TÚNEZ**
 - (V.2) EGIPTO**

Bibliografía citada

(I) CONSIDERACIONES PRELIMINARES E HIPÓTESIS DE TRABAJO

1. El fenómeno por el que nos interesamos es la oleada, imprevista y rapidísima, de revoluciones democráticas en el mundo árabe y musulmán reciente: en Irán (mayo de 2009), abortada; en Túnez y Egipto (desde el 17 de

diciembre de 2010, cuando se produce el tipo de acontecimiento desencadenante, la “chispa”, en Túnez, en forma de autoinmolación de protesta del vendedor ambulante Mohamed Buazzizi,¹ un “acontecimiento acelerador” prototípico al que aluden algunos teóricos de las revoluciones - Chalmers Johnson, 1966:99); en Libia (donde deriva con rapidez a una guerra civil); y embrionariamente en otros países de la región: el mismo Irán, donde se reanuda la actividad de una oposición que busca un cambio de régimen,² en Yemen, en Bahrein, en Siria, en Marruecos, en Argelia, en Jordania, en Omán...

La mayoritaria movilización de grandes masas de personas con vínculos organizativos débiles (que remite a nociones teóricas manejadas por Granovetter –1973- y Aguilar –2001-) parecería contribuir a explicar la rapidísima difusión del formato de revuelta subrayada por la imagen de una especie de “contagio” (noción querida por la tradición de la *collective behaviour*, a su vez con conexiones con la obra de Le Bon y Gabriel Tarde; véase por ejemplo, Turner & Killian, 1972:12 y ss.) que han evocado numerosos medios de comunicación.³ Pero el contagio, además de ese aspecto –polémico desde la ciencia social moderna- de una emoción colectiva que “prende” entre grandes multitudes, tiene asimismo una faceta bien tangible y material en forma de irradiación de expectativas facilitada por el crecimiento exponencial del consumo de información en la sociedad globalizada reciente (la gente puede *ver* cómo ocurren cosas en las sociedades vecinas, y en tiempo real).

2. Vamos a presentar más abajo una serie de características distintivas del fenómeno, unas “dimensiones”, que permitan a los miembros del equipo aproximarse de manera ordenada al escrutinio de datos disponibles y, sobre esa base, elaborar tanto versiones sucesivas y ampliadas de este primer documento como nuevos *working-papers* más elaborados y centrados, quizá, en aspectos más restringidos del objeto investigado. Por esa razón este primer *paper* es de carácter general y abarcador, y, de otro lado, intenta enlazar lo que estamos presenciando con fenómenos previos conocidos y, sobre todo, literatura especializada de naturaleza conceptual y teórica.

El punto de partida general (una hipótesis de trabajo, que se basa en los indicios examinados), no obstante, está contenido ya en el propio título de este *paper*, que señala en tres direcciones que son, a mi entender, las más fundamentales por el momento, a las que añadiré una cuarta especialmente hipotética y referida a Egipto:

- a) Contrariamente a lo que han indicado tanto algunos académicos como algunos programas de urgencia de televisiones próximas, lo que estamos presenciando no es la recreación de la Revolución Francesa doscientos

¹ Mohamed Buazzizi, licenciado en informática, parado de 26 años, vendedor ambulante de frutas y hortalizas, castigado por la policía por carecer de licencia de venta y, en Sidi Bouzid, volcar su carrito ambulante. Se inmola ante la sede del gobierno civil. (*El País*, 6.01.2011, p. 3.)

² Recuérdense la reaparición de las protestas democratizadoras después de 2009, primero en Teherán el 14 de febrero de 2011, acompañadas de muertos y heridos así como del arresto domiciliario de los líderes más conocidos de la revuelta de 2009, la “revolución verde” (*El País*, 15.02.2011, p. 2); y después en el mismo Teherán, Isfahán y Shiraz el 20 de febrero, castigadas por una fuerte represión del régimen (*El País*, 21.02.2011, p. 5).

³ Ver por ejemplo el titular de la página 10 de *La Vanguardia* 13.02.2011 (“El efecto contagio espera a países donde hay peores condiciones que en Egipto”); o los comentarios de M. Naim (2011).

años después (John Carlin en *El País* o Pere Vilanova en *Millenium*, TV3) ni una “revolución social”, título del programa *Millenium* citado (“Noves revolucions socials”), emitido en marzo de 2011.

Por el contrario, lo que intentaré mostrar es que estamos ante una *revolución compuesta original*, que inaugura su trayecto histórico, y que por razones de época combina trazos característicos de diferentes tipos de revolución y formatos de contienda política.⁴ El fenómeno muestra en este punto cómo, ya en el siglo XXI, con la disparidad relativa de perfiles socioestructurales propios del actual sistema-mundo, pueden coincidir en la misma época histórica –y en nuestro objeto, en el mismo fenómeno–, distintos tipos históricos de revolución (cuestión tratada en Aguilar, 2008). La primera característica fundamental, por tanto, es que se trata de un fenómeno original, compuesto a su vez de varios subfenómenos conocidos y alguno totalmente innovador que se combinan, y que se trata por tanto de un objeto de alta complejidad.

- b) Adicionalmente, por lo demás, los otros dos elementos centrales que hasta ahora surcan el fenómeno con claridad, y le confieren así una personalidad tan especial, son a mi entender dos. De un lado, es una *revolución democratizadora*, es decir, el inicio de un proceso de democratización original que acaba con el establecimiento por primera vez de una poliarquía (Dahl, 1971). Debido al cruce en un mismo fenómeno de distintos tipos históricos de revolución que he mencionado, este proceso de democratización, como argumentaré, se combinará probablemente en algunos casos con otro fenómeno que conocemos bien: una *transición política* a la democracia (véase O'Donnell y Schmitter, 1986, y McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). De otro lado, el tercer elemento característico central del fenómeno es su condición de “*revuelta cívica*”. Al revés que en la gran mayoría de transiciones políticas, el fenómeno por el que nos interesamos no es de generación exógena, es decir, originado e impulsado por actores (minoritarios) del propio antiguo régimen dictatorial y políticos moderados de la oposición democrática, bajo cuya guía se despliega el fenómeno de la transición (con el añadido frecuente de presiones internacionales para precipitarla), sino de generación fundamentalmente endógena: es una mayoría de la población anónima, es la sociedad civil, la que a partir de redes marcadamente débiles de coordinación y de mecanismos novedosos de comunicación, impulsa el cambio. (En los dos casos, de triunfar, se trata de un *cambio de régimen*, pero la diferencia entre que su causación sea exógena o endógena es crucial y el carácter fundamentalmente endógeno que estamos presenciando augura fenómenos derivados novedosos.) “*Revuelta cívica*” es una noción que nos sirve para indicar esta tercera gran característica de nuestro objeto a la vez que señala su conexión con un elemento presente en numerosas movilizaciones contemporáneas desde 1968: con vínculos organizativos débiles, método predominante de acción directa pero no violenta, y

⁴ Garton Ash (2011a) parece confluir con este argumento: “¿[E]stamos presenciando el Teherán de 1979 o el Berlín de 1989?” Una posible respuesta es: lo que estamos presenciando en El Cairo en 2011 es El Cairo de 2011. No lo digo en el sentido obvio de que cada acontecimiento es único, sino en otro sentido más profundo. Porque lo que caracteriza a una verdadera revolución es la aparición de algo auténticamente nuevo”.

carácter efímero de la asociación para la acción (véase Aguilar, 2001 y 2008bis).

- c) Finalmente, en el trabajo que sigue se explora, al menos para el caso de Egipto, el posible vínculo de los sucesos actuales (y su materialización en la revolución democrática vehiculada por revueltas cívicas que hemos mencionado) con el fenómeno precedente del nasserismo (1953) en tanto que *revolución desde arriba controlada por el estamento militar* (Trimberger, 1978) en ausencia de las condiciones políticas y civiles necesarias para encauzar de otra manera un desarrollo nacional. Podría pensarse, y se tendrá que investigar, si lo que estamos presenciando es el desenlace de una estrategia de desarrollo autocentrado bajo control de militares-burócratas que fracasó en su día (como pronosticaron estudiosos como Hobsbawm y Trimberger) y que, después de degenerar en Egipto en un régimen autocrático desligado de las ambiciones originales, ha dado lugar a la explosión actual.⁵

3. Las dimensiones de momento visibles del fenómeno que voy a presentar a continuación, de más a menos evidencia, deben estar a mi entender presididas por dos preguntas de investigación genéricas y centrales (que a su vez deben permitir establecer varias preguntas de investigación específicas y/o regionales dentro de la indagación):

(3.1) ¿Cómo caracterizar al fenómeno? ¿Qué es o de qué se trata lo que estamos observando en los países árabes? (En parte y a nivel de hipótesis he intentado dar una primera respuesta a esta pregunta, en el apartado (b) anterior.)

(3.2) ¿Cómo se desencadena y por qué ahora? y ¿Por qué adopta el formato de revuelta cívica?

4. *Cómo establecer las dimensiones del fenómeno. Introducción.*

La ciencia social, como cualquier otra, utiliza *modelos* para entender los fenómenos, es decir, representaciones esquemáticas y de alto nivel de abstracción que permiten al observador u observadora identificar los componentes característicos y saber “cómo funciona” el fenómeno bajo consideración. Los modelos son representaciones simples e ideal-típicas con una utilidad fundamentalmente estática: proporcionan una fotografía de la lógica central del fenómeno y tienen, por tanto, un alto nivel de generalidad y estatismo. Esta característica de los modelos los convierte en menos útiles para captar lo que ocurre en situaciones altamente dinámicas, aquellas que,

⁵ Que a su vez puede ser pensada como un fuerte impulso para crear un nuevo orden político o, contrariamente, como un caso de *revueltas anómicas* (las que carecen de estructura normativa emergente y, por ello, se “limitan” a expresar de forma más o menos violenta un malestar profundo). Díaz-Salazar plantea un dilema similar (2011): “¿Son las revueltas en el mundo árabe una nueva expresión de lo que Gramsci llamaba *subversivismo*, es decir, manifestaciones de descontento social incapaces de crear un nuevo orden político? O, por el contrario, ¿estamos ante el inicio de una transición para la creación de democracia política y económica?”. Creo que hay indicios de que el objetivo –viable– es precisamente un nuevo orden político, que se busca con urgencia (el formato *contenido* de la protesta, la madurez tranquila con que las protestas han afrontado los primeros y fuertes golpes, la determinación que se observa en los movilizados); pero desde luego, ninguno que señale hacia una democracia económica (punto de vista optimista con el que, tal vez, Díaz-Salazar quiera significar “simplemente” una mejor distribución de la renta). Para un indicio de revuelta anómica dentro de la actual ola, véase la referencia de un joven argelino a las protestas en su país: “Queman coches, como en Francia” (*La Vanguardia*, 9.01.2011); se refiere a las revueltas de las *banlieues* francesas de 2005.

más que evolutiva (trayecto gradual), tienen una fuerte orientación espasmódica y rápidamente cambiante. Para esta contingencia, que es la propia de los fenómenos revolucionarios y la acción colectiva, la ciencia social tiene que optar entre una descripción particular (detallada e “ideográfica”) de lo que ocurre y el uso de modelos orientados a la dinámica social (o una combinación de ambos). Estos últimos, por poner un ejemplo reciente, son el recurso que han desarrollado para el campo de la acción colectiva y los movimientos sociales los teóricos de la contienda política, D. McAdam, S. Tarrow y Charles Tilly (2005).

Partiendo de esta consideración, lo que se pretende en un nivel simple en los epígrafes que siguen es identificar los elementos constitutivos de una situación dinámica, como son las revueltas cívicas y revoluciones democráticas en los países árabes y musulmanes recientes, entre 2009 y 2011. Quiere decirse: identificar no, como en un modelo estático, los elementos estructurales que caracterizan al “funcionamiento” de un fenómeno,⁶ sino los elementos “estructural-dinámicos”, aquellos que se despliegan como resultado de la interacción social y son emergentes, en el sentido de que se crean y recrean con rapidez en períodos breves de tiempo, pero que, a pesar de ello, van dejando un poso claro de factores que “fijan” esencialmente una situación por otro lado repleta de dinámica, volatilidad e interactividad. Los denomino simplemente “dimensiones” (para obviar la referencia a “dimensiones estructural-dinámicas” según se ha indicado). Otro caso de noción teórica “estructural dinámica” distinta de estas “dimensiones” es la noción de “coyuntura crítica” (introducida por Dobry, 1988 -- y teorizada en Aguilar, 1991:10)⁷. Ambos instrumentos conceptuales sirven para establecer algún grado de generalización y aislamiento o fijación de los factores que gobiernan el despliegue de una situación dinámica e interactiva y, por tanto, difícil de descomponer analíticamente. (En este sentido, las “dimensiones” son elementos estructuradores de la dinámica, entre los cuales están los juegos de interacciones fundamentales del fenómeno, y que, en ese punto, confieren la impronta característica al mismo, aquello que tiene de más original y distintivo.)

También se pretende, más modestamente, aplicar la recomendación metodológica de Charles Tilly (1991:81) según la cual, para erradicar los “postulados perniciosos”, el investigador o investigadora debe “acoplar los relatos de cambios ocurridos a generalizaciones con una base histórica”.

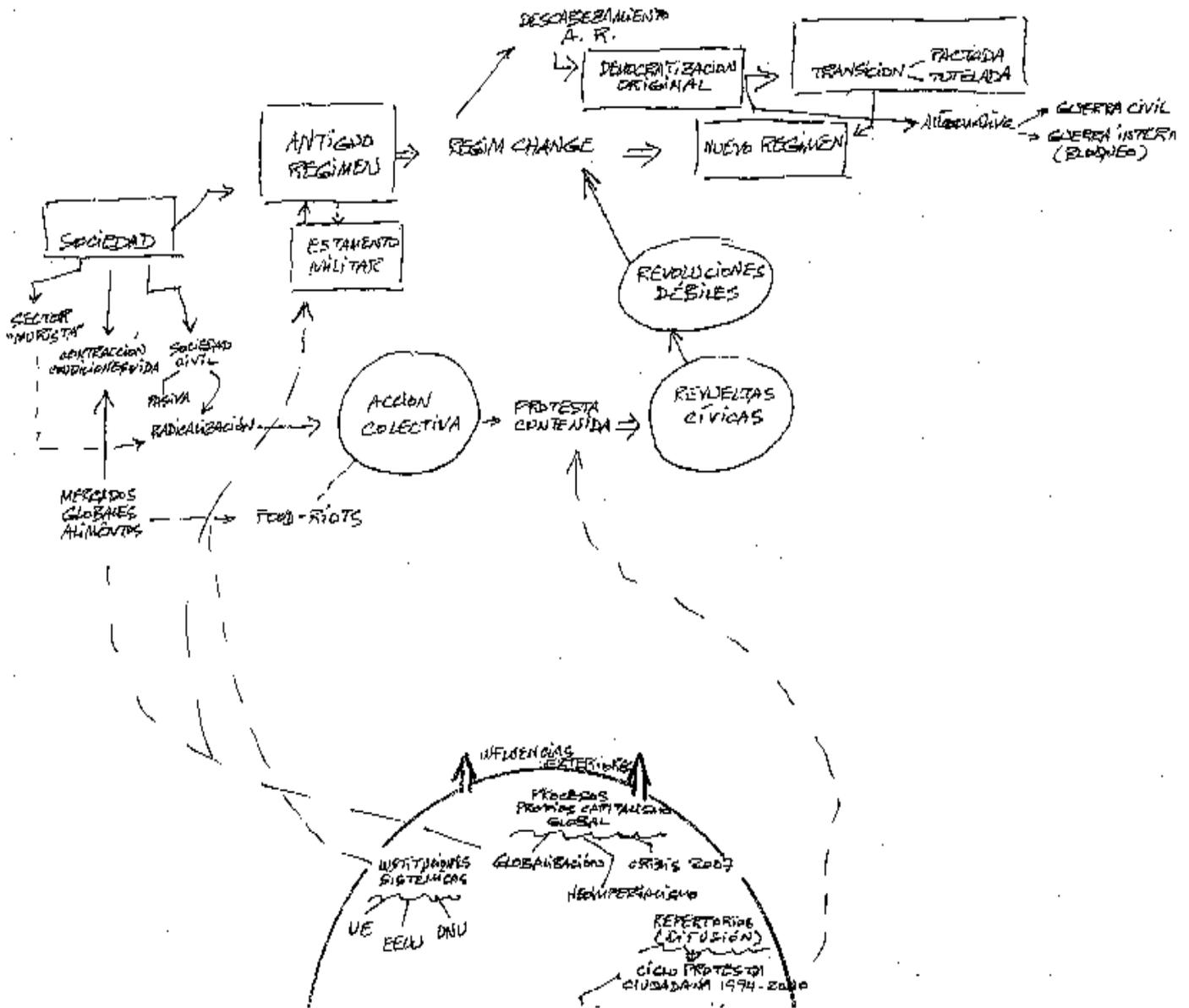
Finalmente, tercer propósito, el uso de estos recursos abstractos, así como de conceptos y teorías en general, debe guiarnos para ubicar con cierta precisión el fenómeno bajo estudio aquí en el marco del conflicto social contemporáneo.

He aquí, como punto de partida y pequeña guía para encauzar la indagación, el marco de nuestras variables estructural-dinámicas:

⁶ Como, por ejemplo, la lógica de la acción colectiva estudiada por Mancur Olson, 1965, que explica cómo opera típicamente esa área de la realidad social; o el cambio revolucionario por Chalmers Johnson, 1966.

⁷ Una “coyuntura crítica” es un proceso a corto plazo que sintetiza problemas y contradicciones previas propias del área donde se da, les da alguna forma de resolución, y establece un contexto nuevo para el futuro inmediato al cual se tienen que adaptar, les guste o no, todos los actores sociales en escena. El caso (un ejemplo) al que se aplica esa noción en la obra mía referida es la huelga general española de 14 de diciembre de 1988, que movilizó a unos 9 millones de personas y creó, así, una “coyuntura crítica”.

Diagrama 1



(II) DIMENSIONES DEL FENÓMENO

(1) CAMBIO DE RÉGIMEN

Parece obvio que este es el primer objetivo del cambio que se busca y para el cual se han desencadenado las movilizaciones que se analizan aquí. En parte, porque se aspira a intentar mejorar las oportunidades vitales, hasta el momento desastrosas, y dar trabajo a una legión de grupos de edad jóvenes sin perspectiva laboral (en el caso de Egipto, más de la mitad de la población, el 52,4%, con un desempleo de 8,7 % sobre el total de población activa)⁸. Y en parte porque de alguna manera (que se tendrá que investigar) ha prendido entre la mayoría de la población movilizadora un relato colectivo o *frame* que se orienta hacia una democratización del país respectivo como única posibilidad de mejorar esas oportunidades vitales. La importancia de este relato colectivo es que juega probablemente el papel principal en la decisión de muchos miles de individuos de incorporarse a la movilización colectiva (y es en este sentido, en sí mismo, una estructura de movilización).

Este es un aspecto general primordial para entender lo que está pasando. Podemos avanzar en esa dirección fijando la atención en estos puntos:

1. A pesar de que una vez desatadas las acciones colectivas estas constituyen un material fundamental para la investigación (¿quién participa y quién no, y por qué? ¿qué formato de acción colectiva ha acabado imponiéndose? ¿cuál es la naturaleza del actor colectivo alumbrado, es un actor integrado o responde a una coalición de grupos? ¿qué objetivos persigue? ¿cuáles son sus estructuras de movilización y qué auguran?), un primer paso investigador crucial es captar cuál ha sido el mecanismo psicosocial principal que ha influido sobre una mayoría de los actores individuales y los ha empujado a añadirse a una movilización colectiva que es, dadas las condiciones, de alto riesgo; este es el meollo que nos da la clave del punto de partida. Sobre esta importante cuestión, los modelos que nos ayudan a entender lo que ocurre son modelos generales concentrados en comprender el abanico disponible de acciones para los individuos insatisfechos que quieren dar alguna respuesta a un creciente –y ya intolerable– malestar. Me refiero a los modelos de T.R. Gurr (1969), que nos ayudan a comprender los aspectos cruciales del malestar individual y colectivo que, finalmente, producen un mecanismo emocional muy cargado que actúa a modo de estructura de movilización primordial. Me refiero también al modelo de Albert Hirschman (1977), que nos ayuda a entender cuáles son los vehículos

⁸ 47,7% en Marruecos (9,6% de desempleo), 47,5 en Argelia (13,8% de desempleo), 42,1 en Túnez (14,2% desempleo), 47,4 en Libia (sin datos), 54,3 en Jordania (12,7% desempleo), 55,3 en Siria (10,3% desempleo), 50,8 en Arabia Saudí (10,4% desempleo), 43,9 en Bahrein (sin datos), 65,4 en Yemen (11,5% desempleo), y 45,6 en Irán (10,5% desempleo). De *El País*, 21.02.2011, p. 6, con datos referidos a 2008.

de gestión de esa irritación que están disponibles y en qué combinaciones. Y al modelo de James Scott (1985), muy adecuado también para las circunstancias de los países árabes movilizados: nos ayuda a entender qué hacen los individuos si la situación ambiental (una dictadura de largo recorrido que ha vertebrado un complejo sistema de apoyos en el seno de una élite que mantiene asfixiada a la población) no les permite usar ni la salida, ni la voz, ni la lealtad hirschmanianas; el modelo de Scott se concentra en averiguar los mecanismos “infrapolíticos” disponibles en las condiciones de hegemonía cerrada de R. Dahl, precisamente el caso aquí.

2. El origen del malestar y de las movilizaciones, más allá del factor desencadenante inmediato del impacto de la crisis global en las condiciones de vida, es desde luego la existencia de esa dictadura o hegemonía cerrada que ha colocado en situación desesperada a una mayoría de la población. El cambio de régimen al que nos estamos refiriendo es un intento de deshacerse de esa dictadura, el régimen predecesor, que debemos también entender cabalmente para poder entrever los perfiles del régimen sucesor.

La ciencia social comparada dispone de muchos datos y estudios empíricos para definir un modelo, acomodado al entorno de los países árabes movilizados, de una hegemonía cerrada. Se pueden postular como mínimo estas nociones principales:

- a) Una hegemonía cerrada es un régimen autocrático que se instala por ciertas determinaciones ambientales. Una, una larga tradición de formas despóticas de gobierno; otra, una economía de subsistencia con un sector modernizado pero carente de estructura productiva independiente (con frecuencia formado alrededor de algún recurso natural de gran valor económico o estratégico para el país) y de impulso empresarial autónomo; una tercera, la inserción periférica dentro del sistema mundial de sociedades, que refuerza ese atraso original en incorporarse a la economía global capitalista (Wallerstein, Hobsbawm).
- b) En el caso de los países árabes, ciertas presiones geopolíticas procedentes de los países hegemónicos del centro del capitalismo mundial han facilitado el acceso de déspotas locales “modernizados”, generalmente militares, al control central de ese sistema dictatorial para garantizar la estabilidad relativa requerida por el equilibrio sistémico. Con frecuencia, ese centro autocrático se rodea de un ecosistema de pequeño tamaño que sustenta y alimenta la reproducción del régimen, pero también, invariablemente, la corrupción y el saqueo sin trabas de la riqueza nacional (en la Filipinas de Marcos, pero también en Túnez, Egipto o Libia). Y un cinturón de protección formado por clases de servicio alrededor del ecosistema.
- c) En este tipo de regímenes se hace inevitable hablar de cleptocracias, porque los círculos de poder compuestos de los autócratas y sus allegados se alimentan de una estructura clientelar basada en el saqueo de recursos públicos, y éstas han quedado también al descubierto en los países árabes movilizados. Sami Naïr (2011a), por ejemplo, sostiene que hay una “fortuna fraudulenta acumulada a espaldas de Egipto” de 60.000 millones de euros; y que la del círculo de Ben Alí en Túnez es de “sólo”

3,7 mil millones de euros, aunque un reportaje periodístico posterior matiza y rebaja las cifras.⁹

- d) Con una situación ambiental como la descrita, el régimen atraviesa con frecuencia por épocas turbulentas, porque su aparente estabilidad que, manejada con habilidad, puede garantizarle largos períodos de dominio incontestado e influencia política regional, dificulta en realidad (un aspecto bien estudiado por Giner, 1980) la gestión “racional” de los mecanismos básicos de reproducción del poder por cualquier clase dominante. Giner destaca con razón tres de estos mecanismos: la cooptación a la élite de los elementos más capacitados de las clases subalternas (para mejorar la eficacia de esa élite pero también para debilitar el potencial de contestación contra ella); la capacidad de incorporar las innovaciones tecnológicas procedentes del entorno global de la época; una gestión política resuelta de los problemas por los que pueda atravesar el régimen. Típicamente, una dictadura “torpe” descuida la gestión de los tres mecanismos citados y, en el límite, puede alienarse el apoyo del estamento militar y su lealtad (como parece haber ocurrido en Túnez y en Egipto), así como el de las clases medias.¹⁰ En todo caso, y en sentido contrario, el régimen acostumbra a estar muy atento a alimentar y mantener la complicidad de los sectores de poder de segunda y tercera línea, a los que acostumbra a fidelizar mediante el mecanismo del clientelismo económico, consistente en concederles franjas de explotación libre de recursos públicos para asegurar su apoyo al régimen.
- e) Esta debilidad invisible de los regímenes de hegemonía cerrada, como he señalado, los hace especialmente vulnerables a “los cambios económicos, sociales o internacionales”, de manera que podríamos indicar como una hipótesis más a investigar que primero la globalización en sí y, después, la crisis del capitalismo global de 2008, han removido con fuerza los cimientos de regímenes como los de Túnez y Egipto (Naím, 2011) y se han de considerar como factores causales que confluyen en nuestro objeto. Volveremos sobre ello, porque atendiendo a una conocida noción de Charles Tilly (1998), la sociología del conflicto sabe mucho sobre cómo los cambios sociales crean grupos nuevos de “ganadores” y “perdedores” y, con ello, desencadenan conflictos de nuevo cuño, como veremos más abajo al hablar de las revueltas árabes. Pero diversos observadores han captado estos factores de fondo y han coincidido en identificar el meollo o disparadero de la explosión en la conjunción de ciertos factores relacionados con la globalización y la crisis:

- Ana Carbajosa (*El País, Negocios*, 27.02.2011, p. 8): “la ola de revueltas populares que ha prendido en países petroleros como Libia, Bahrein o incluso Yemen, demuestra que más allá de las cifras macroeconómicas, el descontento popular lo determinan el modo injusto de

⁹ Puede consultarse el bien documentado trabajo de Maite Rico en *El País*, 24.02.2011, “Las fortunas de la cleptocracia”, sobre los casos tunecino, egipcio y libio.

¹⁰ M. Naím (2011) ha aplicado nociones como estas, con pericia, al caso de los países árabes movilizados: “Las dictaduras habitan en un ecosistema de privilegios, alianzas y codependencias con los más variados actores: los militares, líderes regionales, grupos económicos y políticos, medios de comunicación, líderes religiosos, aliados extranjeros etc. A veces este delicado equilibrio de poderes se rompe, desencadenando enfrentamientos que pueden llevar al fin del régimen. Algo de esto pasó recientemente en Túnez”.

repartir la riqueza que se genera y el bajo grado de derechos y libertades políticas”; o: “el deterioro de las condiciones económicas, sumado a la mejora de la educación y a la falta de participación política y de libertades, forman un cóctel explosivo”.¹¹

- Una hipótesis alternativa es que, sobre todo en los países no petroleros de la región, las políticas neoliberales de reformas liberalizadoras han creado un sentimiento de agravio entre las clases populares privadas ahora de subsidios estatales. Dice el qatarí Taher Kanaan (*ibid.*): “El crecimiento económico de principios de la década pasada sirvió para mitigar la frustración entre las clases medias, pero cuando llegó la crisis y esa misma gente se empobreció y encima siguió sin poder participar en la vida política del país, saltó la chispa”, una propuesta de resonancias próximas al modelo de Gurr.¹²

3. ¿Cómo se introduce la inestabilidad en una hegemonía cerrada? Adam Przeworski (1986:50 y ss.) ha propuesto un modelo para captar los factores principales que, en general, contribuyen a explicar que a) aparezcan grietas en una hegemonía cerrada poco antes considerada invulnerable; y b) que el cambio de régimen (por liberalización de éste o por sustitución) sea una posibilidad real:

- a) El régimen ha satisfecho “las necesidades funcionales” que llevaron a su advenimiento, por lo que deja de ser necesario y colapsa. (Este podría ser el caso del régimen egipcio, nasserista, surgido de una “revolución desde arriba” en la década de 1950, pero no el del régimen sucesor que representa Mubarak, que justamente se puede caracterizar como una degeneración oportunista del anterior.)
- b) El régimen ha perdido su legitimidad original, “y puesto que ningún régimen puede durar si carece de legitimidad (apoyo, conformidad, consentimiento), se desintegra”. (Este factor está desde luego en el centro del escenario de los casos tunecino y egipcio, y lo que falta es encontrar con cierta precisión las razones de ello. Es probable que los factores de inestabilidad del modelo de Giner citado hayan jugado un papel en ello.)

¹¹ Metáfora similar a la que utiliza el Nobel Stiglitz (2011) refiriéndose a la “revolución democrática” de Túnez: “un elevado desempleo y una corrupción omnipresente constituyen una combinación explosiva”. Y también Andy Robinson (2011): “cóctel explosivo de precios crecientes de alimentos y paro masivo juvenil”; o Raj Patel (*id.*): “El desempleo masivo y las subidas de precios de alimentos son un cóctel potente”.

¹² Las observaciones transcritas evocan los rasgos característicos del modelo de la “privación relativa progresiva” de T.R. Gurr (1969; ver síntesis en Aguilar 2001bis:193-194), donde a un período de relativa mejora de condiciones de vida le sucede un repentino declive (fruto de la crisis económica mundial y de las circunstancias que describe Kanaan); el resultado es un estallido revolucionario. Pero también se tiene que añadir que los modelos de Gurr son útiles si se pueden aplicar discriminadamente a sectores de unas poblaciones que presentan gran diferenciación interna. Por otro lado, el modelo de Gurr de la “privación relativa persistente” es muy sugerente para captar el lado político del malestar de las poblaciones árabes, aludido por Carbajosa, debido también a una situación de largo bloqueo, tanto de expectativas como de satisfacción de necesidades, producto de unas prolongadas dictaduras que, no sólo no se centraron (como Nasser en su día) en conducir el desarrollo nacional, sino que al aplicar las recetas del neoliberalismo globalizado han creado mucha pobreza y desigualdad añadida (con las subidas de los precios de los alimentos básicos actuando aquí a modo de desencadenante que profundiza la tendencia).

- c) Los conflictos internos del bloque dominante, en particular los que implican al estamento militar, no pueden ser reconducidos y una facción decide apelar al apoyo de grupos externos. Como consecuencia, “el bloque dominante se desintegra en tanto que bloque”. (Así se puede interpretar el caso egipcio, y quizá en menor medida el tunecino: en el momento en que el régimen personalista apoyado en el ejército pierde su legitimidad, el estamento militar retira su fidelidad al antiguo régimen y se plantea reconfigurar el bloque dominante. La figura del mariscal egipcio Tantawi representa bien esta situación.)
- d) Presiones extranjeras para establecer una “fachada democrática” conducen a nuevos compromisos tal vez por intermedio del factor anterior. (Este factor opera también claramente en el caso egipcio y quizá en menor medida en el tunecino; en el primer caso se puede afirmar que la presión exterior, al principio balbuceante, procede de EEUU y la UE y se ejerce por medio y sobre el estamento militar, altamente autónomo y dependiente de estos centros exteriores.)¹³

Ya dice Przeworski que estos factores generales no son incompatibles entre sí, y esto es lo que vemos en el caso egipcio: operan simultáneamente los b-c-d, siendo el primero el determinante: no sólo ha dejado de operar la legitimidad original, sino que colapsa de golpe por efecto de la decidida presión desde abajo y condiciona todos los sucesos posteriores. De todas maneras, hay otra forma de percibir este punto crucial, originada en Weber, y que explica Przeworski (pp. 51-53) así: “El problema de la legitimidad está por completo formulado de manera incorrecta, según creo. Lo que importa para la estabilidad de cualquier régimen no es la legitimidad de ese sistema de dominación en particular sino la presencia o ausencia de alternativas preferibles... Lo que reproduce el consentimiento es la amenaza de la fuerza y, fuera de los momentos de verdadera desesperación, esta amenaza es suficiente”. En el caso de Túnez y Egipto, no hay duda de que se trató de “momentos de verdadera desesperación”, y las razones para ello son las que debemos buscar.

Los momentos aludidos se corresponden con “los momentos de locura –en los que ‘todo es posible’–” teorizados por Aristide Zolberg (1972) y Sidney Tarrow (ver Tarrow, 2002:99) que han dado lugar a acontecimientos como 1848 o 1968, pero también las revoluciones árabes en marcha. Tarrow (*íbid.*) afirma que se repiten de modo persistente en la historia de los movimientos sociales: “En puntos tan turbulentos de la historia, escribe Aristide Zolberg, ‘cae el muro entre lo instrumental y los expresivo. La política rompe sus cadenas e invade la vida entera’... Esos momentos... pueden ser ‘necesarios para la transformación política de las sociedades’, escribe Zolberg, pues son la fuente de los nuevos actores, los públicos y la fuerza para irrumpir a través de la costra de la convención.” Estas nociones teóricas deben ser también incorporadas a nuestra indagación: parece probable que en Túnez y Egipto los

¹³ Garton Ash (2011b) sugiere algo muy sensato imposible hoy de demostrar: “Cuando obtengamos (si la obtenemos) la próxima remesa de Wikileaks, tal vez descubramos que EEUU tuvo algo que ver con la extraordinaria declaración del Ejército egipcio de que no iba a emplear la fuerza contra las demandas legítimas de ‘nuestro gran pueblo’”. Evidente.

“momentos de locura” (las revueltas) propicien la aparición de nuevos actores políticos y la reconfiguración de la sociedad civil.¹⁴

4. En todo cambio de régimen hay factores decisivos, como los que acabamos de recordar, que inclinan la balanza y empujan a un sistema político y social hacia una determinada configuración dominante. Y en su interior se expresan, con gran variabilidad comparada, ciertos mecanismos que contienen la clave o lugar estratégico de lo que ocurre y va a ocurrir con alta probabilidad. Este *meollo del cambio de régimen* debe estar en el centro de la observación para cada uno de los países, entre otras razones porque la forma en que se producen los acontecimientos en medio de una crisis política ofrece mucha información que, comprensiblemente, no se puede obtener de otra manera en el momento de los hechos.

En el caso egipcio, este punto de no retorno, ese meollo decisivo se puede sintetizar así:¹⁵

- a) El jefe de las FFAA Tantawi hace acto de presencia el 30.01.2011 en la plaza Tahrir, con lo que hace pública la fractura entre el Ejército de Tierra y la policía y cuerpos de élite de Mubarak (Fuerza Aérea y Guardia Presidencial).
- b) 11.02.2011 Se oficializa el desplome del antiguo régimen: el general Suleimán anuncia que Mubarak ha dimitido y cedido el poder al consejo supremo militar (CSM).
- c) 11.02.2011 El CSM anuncia su programa: acepta el encargo de gobierno; llevará a cabo las enmiendas constitucionales necesarias; garantizará elecciones presidenciales libres; la ley de urgencia de 1981 por la que se prohibían las protestas callejeras sólo se derogará cuando concluya “la actual situación de crisis”.
- d) Las declaraciones paralelas de los centros de poder de los países hegemónicos sugieren con claridad que patrocinan o apadrinan el cambio y la forma de éste. Merkel, Sarkozy y Reino Unido rinden homenaje a la retirada del rais Mubarak; la UE va más allá y anuncia “una ordenada transición a la democracia”. La fórmula al menos inicial queda suficientemente clara: una transición política *oportunist*a tutelada por el Ejército y los poderes occidentales.¹⁶ Desorden sí, pero al menos bajo cierto control.

El papel primordial del estamento militar en los países movilizados hace aconsejable pararnos a examinar este actor principalísimo.

¹⁴ Además, nos conducen a un hecho enigmático que expone Tarrow (2002:100): “Si los momentos de locura producen un tapiz tan rico de acción colectiva como pensamos, ¿por qué el repertorio se ha desarrollado con tanta lentitud? ¿Se debe a que las formas de contestación que hacen explosión en esos momentos excepcionales no son tan excepcionales como nos parecen entonces?”.

¹⁵ Datos de *La Vanguardia* 12.02.2011, pp. 3, 4 y 12.

¹⁶ Según un observador muy informado, Sami Naïr (2011a), hay una dependencia directa del ejército egipcio respecto de EE UU: ese ejército dispone de un poder financiero independiente; controla sectores esenciales de la economía; y recibe anualmente del gobierno norteamericano 1,3 mil millones de dólares. Concluye el autor refiriéndose a Túnez y Egipto que “en los dos países, el Ejército ha sido el vector principal del inicio de la transición”.

(2) EL ESTAMENTO MILITAR

1. Hemos mencionado ya al papel protagonista que tiene, o va a tener, el estamento militar en los países árabes ahora movilizados. Dos observadores entre los más cualificados, Castells y Naïr, identifican con razón las dos caras – ciertas- de este protagonismo pretoriano:

Por un lado, factor de avance: “Es una paradoja increíble que las dictaduras hayan estado tanto tiempo apoyadas por sus ejércitos, y que sean estos, en Túnez y Egipto, los que conducen ahora el proceso democrático” (Naïr, 2011b).

Por otro, factor de freno del proceso: “No será una transición tranquila: los mandos militares tienen muchos intereses que proteger” (Castells, 2011b).

En general, y con claridad después de la segunda Guerra Mundial, los procesos de descolonización hicieron emerger un numerosísimo grupo de países del Sur vertebrados alrededor de sus fuerzas armadas: “el predominio de regímenes militares, o la tendencia a ellos, unía a los estados del tercer mundo, cualesquiera que fuesen sus modalidades políticas o constitucionales” (Hobsbawm, 1995:349). La proliferación de estados nuevos, algunos diminutos, y la frecuente ingobernabilidad y falta de tradiciones e instituciones de autogobierno explican por qué en “situaciones semejantes las fuerzas armadas eran con frecuencia el único organismo capaz de actuar” (Hobsbawm, 1995:350); de lo que se puede derivar una cierta pauta general:

En resumen, la política de los militares, al igual que los servicios de información militares, solía llenar el vacío que dejaba la ausencia de política o de servicios ordinarios. No era una forma especial de política, sino que estaba en función de la inestabilidad y la inseguridad del entorno. (Hobsbawm, 1995:351; ver también 1975:187.)

Sea cual sea la composición social del cuerpo de oficiales, la tendencia al dominio de los militares es un reflejo, no tanto de su carácter, como de la ausencia de una estructura política estable. (Hobsbawm, 1975:186.)

Si se añade a todo ello que en el último medio siglo la mayoría de países del tercer mundo implantó políticas “de desarrollo” ante la acuciante necesidad de no perder el pie en la economía global (y que, por tanto, se buscaron atajos para el crecimiento económico y se implantaron numerosas reformas agrarias con ese fin), es comprensible que empezaran a proliferar regímenes militares que vertebraban el esfuerzo nacional en esa dirección, como los generales peruanos reformistas que instauraron una reforma agraria radical en 1969 (*Ibid.*, p. 358)

En esta tradición de garantes del desarrollo y centro institucional principal de una cierta estabilidad política se situaron también los militares egipcios, reforzados contemporáneamente por el papel estratégico de país mediador en el explosivo Oriente Medio que ha jugado y juega Egipto, “el país de los coroneles” (en alusión a Gamal Abdel Nasser, el que inició esas políticas en 1953). Hobsbawm (1975:189) capta muy bien la esencia del nasserismo:

Así y todo, nos quedan unos pocos casos de regímenes pretorianos genuinamente innovadores: el Egipto de Nasser, Perú hasta 1960 y tal vez la Turquía de Atatürk. Podemos especular con la idea de que los tres se dan en países en los que es evidente la necesidad de una revolución social, donde varias de las condiciones

objetivas para que estalle están presentes, pero también donde las bases sociales o instituciones de la vida civil son demasiado débiles para llevarla a cabo. Las fuerzas armadas, al ser en ciertos casos la única fuerza con la capacidad para tomar decisiones y llevarlas a la práctica, pueden verse obligadas a ocupar el lugar de las ausentes fuerzas civiles, incluso hasta el punto de reconvertir a sus oficiales en administradores... A pesar de que los resultados netos de sus esfuerzos puedan ser sustanciales —es virtualmente imposible concebir una vuelta de Egipto, Perú y Turquía a su antiguo régimen respectivo—, es improbable que sus resultados sean tan radicales como los de una genuina revolución social. El radicalismo de las fuerzas armadas sigue siendo una opción del tipo *second-best*: aceptable únicamente porque es mejor llenar un vacío político que dejarlo tal cual... Para resumir: la intervención militar en la política es un síntoma de fracaso político o social... En el tercer mundo, constituye un síntoma meridianamente claro de una revolución incompleta o abortada.

2. Un famoso estudio de Trimberger (1978) completa las útiles pautas de inserción de los militares en el desarrollo económico y político del Tercer Mundo que descubre Hobsbawm. Trimberger estudia cuatro casos empíricos (Japón, Turquía, Egipto y Perú) y propone un modelo teórico para entender su lógica (relativamente) común que, a mi entender, proporciona una cuarta pieza esencial para captar los acontecimientos de 2011 en los países árabes, como he mencionado en las Consideraciones Preliminares. Esta es la propuesta sintética de Trimberger (que nos proporciona una teoría para enlazar los sucesos actuales de Egipto con su *background* previo):

1. El modelo se focaliza en un tipo de *revolución desde arriba* por parte de militares burócratas, que se diferencia tanto de los golpes de Estado como de la *revolución desde abajo* con apoyo en las masas de carácter burgués o socialista.
2. Este tipo de revolución prolifera entre los países del Tercer Mundo a mediados del siglo pasado. En esencia, consiste en una búsqueda de la industrialización y la modernización política y social por medio de la acción de un Estado en manos del estamento militar que se propone promover el “desarrollo”.
3. La *revolución desde arriba* exhibe cinco características principales:
 - a) Apropiación “extralegal” del poder político y puesta en marcha de un cambio radical de las estructuras sociales por parte de militares de alto nivel y burócratas civiles del antiguo régimen.
 - b) Participación popular escasa en el inicio del cambio.
 - c) Escasa violencia política, emigración o intentos de contrarrevolución.
 - d) El cambio diseñado procede de manera pragmática con escasa referencia a ideologías radicales.
 - e) Al contrario de un golpe de Estado, la *revolución desde arriba* destruye la base económica y política de la aristocracia o la clase alta.

El estudio muestra que la Restauración Meiji japonesa, el nasserismo en Egipto y el gobierno militar de Perú después de 1968 satisfacen las cinco características indicadas; en cambio, la Turquía de Atatürk fue “solo marginalmente revolucionaria” (p. 3).

Trimberger pronostica (p. 173) que las precondiciones para una *revolución desde arriba* van a proliferar en el Tercer mundo del último tercio del siglo XX; son estas:

- a) Debilitamiento persistente de las clases terratenientes y fracaso de las burguesías del Tercer Mundo para promover una industrialización sostenida.
- b) El estamento militar en la región es crecientemente burocrático, relativamente autónomo y nacionalista. A la vez, teme los levantamientos internos contra la dependencia y el subdesarrollo.
- c) El potencial de la *revolución desde arriba* depende de las contradicciones y debilidades del sistema capitalista mundial, que dejan más o menos campo de maniobra para que surjan efectivamente.
- d) En aquellos países con pocas condiciones para una revolución desde abajo, la izquierda radical puede no tener otra opción que apoyar una *revolución militar desde arriba*.
- e) (Confluyendo implícitamente con Hobsbawm.) Un desarrollo capitalista independiente de control exterior es algo imposible. Las *revoluciones desde arriba* puede que promuevan algún grado de industrialización capitalista, pero ésta dará lugar a un desarrollo económico dependiente, desigual y distorsionado.

La conclusión de Trimberger de 1978 (p. 174) puede leerse como relacionada con los acontecimientos actuales: “mi estudio sugiere que a los burócratas relativamente autónomos que, en una situación de crisis, se convierten en dinámicamente autónomos de las fuerzas de clase, solo les queda la capacidad de autoconstituirse en una nueva clase dominante, lo que en una economía mundial capitalista significa una clase capitalista.”

3. Pautas adicionales de comportamiento del estamento militar en países del Sur que buscan la democracia.

Hobsbawm (1995:163), refiriéndose a los militares españoles, propone una noción que seguramente nos ayuda a entender la conducta actual de los militares egipcios: “los momentos de victoria democrática y de movilización de las masas no son ideales para los golpes militares, que para su éxito necesitan que la población civil, y por supuesto los sectores no comprometidos de las fuerzas armadas, acepten sus consignas... El pronunciamiento clásico tiene más posibilidades de éxito cuando las masas están en retroceso o los gobiernos han perdido legitimidad”. Propone también otra noción (Hobsbawm, 1975:185, refiriéndose a “la mayoría de los oficiales en el mundo subdesarrollado”) útil para entender la expresión “estamento militar”, que “se puede describir, de una u otra manera, como ‘clase media’... El cuerpo de oficiales, compuesto en gran parte por miembros aspiracionales y emergentes de la clase media militar, cada vez más profesionalizados y con entrenamiento técnico, es menos probable que se identifique con una clase alta establecida, cuando existe una. Políticamente, pueden ser más radicales (o ‘modernizadores’) en el sentido civil de la expresión (por ejemplo, en el siglo XIX, ‘liberales’) o en cierto sentido específico militar (como el ‘nasserismo’ en el siglo XX)”.

4. *La adaptación de los militares en las nuevas democracias.*

Los estudios comparados que maneja, llevan a Huntington (1994:210) al siguiente razonable estado de la cuestión militar en situaciones de cambio de régimen. El problema de cómo actuar en relación con los actos criminales [de momento, en abril de 2011, Mubarak ya está encausado por ellos] de los funcionarios de los regímenes autoritarios coincide con un problema más amplio, más duradero y políticamente más serio que afrontan muchas nuevas democracias: la necesidad de contener el poder político del estamento militar y transformar a las fuerzas armadas en un cuerpo de profesionales comprometidos a garantizar la seguridad externa del país.

La experiencia de las numerosas transiciones políticas entre 1975 y 1990, incluida la española de 1976 en adelante, muestran que en numerosos países los gobiernos democráticos llevaron a cabo programas claros –y urgentes- de, podría decirse, reinserción social del estamento militar (entre ellos, el de González y Narcís Serra); en cinco direcciones principales (Huntington, 1994: 219-228):

- a) Profesionalización;
- b) Política de misiones (para despolitizar el ejército, eliminando las funciones no militares y de seguridad interna, y dirigiéndolas a la defensa de la seguridad externa y las misiones internacionales);
- c) Remoción de la cúpula militar anterior y creación de ministerios de defensa a cargo de funcionarios civiles.
- d) Disminución de tamaño y modernización del equipo;
- e) Mejora de las condiciones materiales del estamento militar y refuerzo de su imagen y estatus entre la ciudadanía.

Estas experiencias y testimonios tienen que ser una base inestimable para seguir la evolución del proceso político en Egipto. ¿Cómo es el estamento militar egipcio?

5. *El estamento militar en Egipto*

Datos básicos (Sprinborg, 2011):

1. El Ejército, compuesto por medio millón de individuos, es el mayor de África, el undécimo del mundo y ocuparía el puesto número tres si Egipto estuviera en la OTAN (detrás de EEUU y Turquía).
2. La ayuda militar norteamericana a Egipto ha sobrepasado los 40.000 millones de dólares; y Bush Jr. se comprometió a mantener por diez años más una ayuda militar anual de 1.300 millones de dólares.
3. Las fuerzas armadas mantienen un estatus interno de institución estimada y comprometida con la nación, en parte por la historia contemporánea de dominación del régimen colonial y las guerras de 1948 y 1956 y su enfrentamiento bélico con británicos, franceses e israelitas
4. El Ejército mantiene espacios sustanciales de autonomía corporativa: “dirige un floreciente imperio económico” y mantiene un presupuesto propio separado del presupuesto nacional. Estamos ante una auténtica “economía militar”. Ministerios cercanos, como el de Economía, carecen de jurisdicción sobre el ejército, y ese ministerio tiene prohibido explícitamente publicar informaciones sobre los gastos militares, que hasta ahora determinaba el propio rais Mubarak, que los sustraía a la supervisión parlamentaria.
5. El actual presidente del Consejo que se ha hecho con el mando de la política democratizadora, ha sido ministro de Defensa y ministro de

Producción Militar (a cargo de la “economía militar”), “lo cual indica hasta qué punto los militares y su imperio económico están entrelazados” (Springborg, 2011:26).

6. Todo lo anterior lleva a este observador (Springborg, 2011:28) a esta razonable conclusión de cara al proceso político de cambio institucional que se avecina: “El hecho de que la sociedad civil sea capaz de afirmar un grado sustancial de supervisión [hasta el presente, por completo inexistente] sobre los militares tras el levantamiento de enero, proporcionará una prueba clave del nivel de democracia que prevalecerá en el nuevo orden”.

(3) DEMOCRATIZACIÓN ORIGINAL

1. La sociología política contemporánea ha aprendido a diferenciar cuatro procesos, que a veces intersectan de manera compleja, relativos a la modernización política de las sociedades: *democratización*, *redemocratización*, *transición pura a la democracia* y *transición oportunista a la democracia*.

2. Un proceso de democratización significa que, por primera vez en su historia, una comunidad política se dota de las instituciones y cultura política popular y mediáticamente conocidas como *democracia*. El proceso ha sido caracterizado con precisión por Charles Lindblom y, sobre todo, Robert Dahl (Dahl y Lindblom, 1953; Dahl, 1971), que introducen el término –más técnico- de *poliarquía* para denominar a un sistema político (“la democracia” o democracia liberal) que se caracteriza por ser notablemente liberalizado (alta capacidad de discrepancia política de los actores) y, a la vez, abierto a un grado elevado de democracia electoral y, en esa medida, a una forma de participación política. *Poliarquía*, por tanto, designa una situación donde hay una relativa pluralidad de poderes, existe el derecho a la discrepancia política y donde la ciudadanía tiene la oportunidad de concurrir periódicamente a unas elecciones razonablemente limpias y competitivas. Dahl y otros estudiosos (Guillermo O’Donnell, entre otros), nos proporcionan adicionalmente un catálogo de “garantías institucionales” (Dahl, 1971:3) que nos permiten medir con facilidad el grado efectivo de democratización (de instalación de una poliarquía) en un determinado estado-nación en cualquier momento del tiempo.

Complementariamente, Dahl (1971:7), utilizando su modelo-diagrama de la poliarquía, nos ofrece una pedagógica descripción de los dos caminos clásicos para alcanzar históricamente una poliarquía (esta es precisamente la democratización original): el seguido por Reino Unido y Suecia, por ejemplo, donde la liberalización antecede a la participación; y por Alemania, donde la participación antecede a la liberalización. Su modelo, finalmente, permite representar la transición política como un paso súbito y directo desde una “hegemonía cerrada” (alguna variante de dictadura: baja liberalización y baja participación) hasta un sociedad relativamente democrática (una poliarquía). A su vez, las transiciones políticas, fenómeno inaugurado en 1974 con la Revolución de los Claveles en Portugal, admiten como mínimo dos variantes principales (Aguilar, 1993): una transición *pura*, cuando el tránsito es fundamentalmente de carácter endógeno (debido al impulso y con frecuencia presión desde la sociedad civil interna) o a la vez endógeno-y-exógeno (la presión de otros países o instituciones internacionales), impulso que impone en

breve plazo una institucionalización básica de la poliarquía (que culmina en una Constitución democrática, libertad de organización partidaria, elecciones libres y reactivación o visibilización de la sociedad civil) después de la cual se entra en un período postransicional de duración indeterminada que, supuestamente, conduce a una “consolidación” democrática (Linz y Stepan, 1996; Gunther, Diamandouros y Puhle, 1995); y una transición “oportunistas”, cuando un determinado sistema político de naturaleza autocrática se ve obligado por presiones fundamentalmente externas a democratizar con urgencia su estructura institucional y, por tanto, se ve obligado a iniciar la dinámica de una transición aunque carente de fuerzas y condiciones internas favorables (un caso es el de la Federación Rusa después del colapso de la URSS en 1989-1991; con frecuencia, las transiciones “oportunistas” tienen también que ver con problemas graves imposibles de gestionar sin una cierta legitimidad democrática, por ejemplo, una crisis económica severa).

Finalmente, en cuarto lugar, la *redemocratización*. Esta se produce cuando un país democrático ha perdido esa condición, por causas internas o externas, y la recupera de nuevo. Cuando la causa es externa, nos hallamos ante países que han sido conquistados por alguna potencia extranjera no democrática que les impone un régimen de la misma orientación (el caso clásico es el conjunto de países europeos que sufrieron la invasión nazi y recuperaron su condición original de poliarquías al acabar la segunda Guerra Mundial). Cuando la causa es fundamentalmente interna o, al menos, interna-y-externa, nos hallamos ante el caso previo de transición pura, que podemos ejemplificar con el caso español de 1976-1982.

3. ¿Cómo se insertan los datos hasta ahora disponibles sobre las revoluciones árabes en este cuadro familiar de conocimientos de la sociología política?

Primera consideración. En los casos de Túnez y Egipto se trataba de poliarquías formales pero, en la práctica, regímenes autoritarios camuflados (denominados a veces “dictablanda”, p.e., en O'Donnell et al 1986) que a veces recordaban el caso mexicano anterior a 1994: formalmente una democracia liberal donde, sin embargo, la demanda de parte de la población para llevar a cabo una transición política no se consideraba algo inaudito ni contradictorio con la institucionalidad formal. El tratamiento desde el exterior era también de este tenor: se consideraba tácitamente por la “comunidad internacional” que esa era la única situación posible, que las condiciones de los países y –se presuponía– la debilidad de la sociedad civil y falta de tradiciones democráticas hacían pensar que no estaban “maduros” para esa forma de gobierno y que debían esperar (hasta el punto que los dos dictadores árabes después derrocados y sus partidos formaban parte de la Internacional Socialista). En Occidente, pocos datos permitían augurar un vuelco como el producido y que está dando una auténtica lección a esos países del centro dotados de poliarquías. El régimen predecesor, por tanto, venía a ser una autocracia con (algunas) instituciones formales democráticas que presidía una economía basada en los servicios y en vías de desarrollo (y una “economía abierta” que, con salarios bajos y exenciones fiscales, beneficia a los inversores extranjeros)¹⁷ y la vigilancia indirecta pero omnipresente de la institución militar.

¹⁷ Esta es la descripción para el caso del Túnez de Ben Ali que hace *La Vanguardia*, 30.12.2010, p. 4.

Segunda consideración. En ambos países se ha dado una presión desde abajo, potente y rapidísima, que después examinamos, previa a toda negociación ni señal alguna de reivindicación de cambio de régimen. Se tiene probablemente que interpretar como la típica señal de *ruptura* propia de algunas transiciones clásicas (como la “ruptura-pactada” o “negociada” de la transición española), solo que en este caso esta ha sido previa a toda consideración ni pacto. ¿Por qué, entonces, no provoca esa ruptura el derrumbe instantáneo del régimen en su conjunto y, prescindiendo de cualquier transición, se pasa directamente a los pasos previos hacia una poliarquía? No hay casos previos bien establecidos que nos permitan estar seguros en este punto, pero un elemento evidente que ha actuado de factor de equilibrio y continuidad ha sido el estamento y el comportamiento concreto de los militares. El estamento militar, mayoritariamente, ha rehusado actuar y reprimir la presión desde abajo, a la vez que mandaba señales de que no permitiría que las fuerzas policiales hicieran el trabajo.¹⁸ Como es lógico, el primer y rápido efecto de ese comportamiento ha sido: a) acabar con cualquier legitimidad que conservara el régimen; y b) reducir los costes de la acción colectiva, al comunicar tácitamente al mundo y a la población que el antiguo régimen no sería protegido por la fuerza (hay aquí un paralelismo con el anuncio de Gorbachov en Berlín al “camarada” Honecker en el sentido de que las tropas soviéticas estacionadas en el país no iban a defender por la fuerza a regímenes corruptos que no supieran legitimarse por sí mismos; con la salida de Gorbachov del país, empezaron las protestas masivas en las calles que acabaron por derribar el Muro), lo que redobló de inmediato la potencia de la protesta.

Tercera consideración. Túnez y Egipto han procedido a la ruptura directa, como se ha dicho, pero no han avanzado sustancialmente (mientras que las protestas sí han amainado) hacia el cambio de régimen. (Aunque esto se debe matizar en el sentido de que la propia ruptura directa es un avance prodigioso, y en este sentido los comentarios de la ministra española de Exteriores ofreciendo a las nuevas autoridades tunecinas el *know how* español sobre transiciones exitosas producen vergüenza ajena.)¹⁹ Ambos países han dado pasos importantes hacia delante (referéndum sobre modificación de la Constitución y convocatoria de horizonte electoral, así como encarcelamiento del autócrata y su familia en Egipto; gabinete de expertos para iniciar la democratización de las instituciones y embargo de los bienes de la familia del autócrata en Túnez), pero la situación es muy frágil y las fuerzas opositoras no se han blindado ante una posible reversión del curso de acontecimientos; en sentido contrario, la ruptura directa desde abajo, por fin, ha obligado a los países occidentales a definirse y prestar apoyo al menos verbal al nuevo rumbo democratizador. Por tanto, ruptura sí, pero avances a lo largo de los ejes de la liberalización y participación institucional, no.

4. Nuestra hipótesis de trabajo es que los casos de Túnez y Egipto en 2010-2011 deben ser pensados e investigados como procesos de democratización

¹⁸ Hay amplios indicios en la información disponible, como se ha dicho, de que la intervención occidental tanto para controlar el proceso como influir sobre el resultado se ha producido, precisamente, a través de los militares.

¹⁹ Para una “inspiración” semejante desde la experiencia chilena, véanse las propuestas de ingeniería política de Sergio Bitar en A. Oppenheimer, 2011.

original, aunque con peculiaridades, que hemos sugerido y que examinamos más abajo, que hacen aconsejable utilizar también el molde conceptual y las teorías propias de los estudios de las transiciones políticas (O'Donnell y Schmitter, 1986; McAdam et alii 2001).

5. El proceso iniciado en Túnez y continuado con éxito en Egipto, así como su impacto inmediato en muchos países de la región, hace pensar que podría haberse iniciado una *cuarta ola democratizadora*, según la teorización de Samuel Huntington (1994). El politólogo norteamericano propuso que el desarrollo político combina contemporáneamente tres *olas de democratización* y dos (y los indicios de una tercera) *contraolas*: respectivamente:

Primera ola: 1828-1926 -> EEUU, Francia, Reino Unido

Primera contraola: 1922-1942 -> Italia, Polonia, Grecia, España, Portugal

Segunda ola: 1943-1962 -> Alemania, Japón, Italia, Austria, Argentina

Segunda contraola: 1958-1975 -> Perú, Brasil, Bolivia, Argentina, Ecuador

Tercera ola: 1974 (Portugal)-primeros 90s -> 30 países Europa-Asia-América Latina + países postcomunistas

Según esta perspectiva, las revoluciones de los países árabes corresponderían a una cuarta ola democratizadora que se extendería por la región (Gil Calvo, 2011). La perspectiva de Huntington se anuda alrededor de la noción de una dinámica cíclica liberalizadora-contraliberalizadora que se compone de una especie de cabeza de playa, el país que “tira” del ciclo, que se extiende por medio de un factor de difusión que “puede ser denominado de distintas maneras, como efecto demostración, contagio, difusión, emulación, *bola de nieve* o incluso efecto dominó” (Huntington, 1994:99). Así, estos efectos demostración (1994:100)

muestran a los líderes y grupos de una sociedad las posibilidades de líderes y grupos de otra sociedad de poner fin a un sistema autoritario e instaurar un sistema democrático. Mostraron que podía hacerse [el caso reciente de Túnez] y por ello presumiblemente estimularon a los miembros de la segunda sociedad a emular a los de la primera. Segundo, demostraron cuánto [comprobar traducción] podría hacerse. La gente de la segunda sociedad aprendió de ellos, e intentó imitar los métodos y las técnicas usados para obtener más pronto la democratización... Tercero, los últimos democratizadores también aprendieron sobre los peligros que debían evitar y las dificultades que debían superar. Las sublevaciones y los conflictos sociales en Portugal en 1974 y 1975, por ejemplo, estimularon a los líderes de la democratización en España y Brasil a que intentaran ‘un proceso de cambio político dirigido desde el poder para evitar exactamente la ruptura que sufría Portugal’²⁰.

De los trabajos como el de Huntington y otros investigadores se desprenden forzosamente valiosas enseñanzas de probable aplicabilidad para investigar en la presente ola democratizadora árabe. Entre ellas:

²⁰ La interesante frase entrecomillada es de Kenneth Maxwell y procede de O'Donnell, Schmitter y Whitehead (eds.), 1986bis:132. La cita completa dice así (en traducción mía): “En esa época, la experiencia portuguesa estaba más cerca de una ruptura social y política que de una ‘transición’, y el impacto del caso portugués en países como España y Brasil consistió en estimular un proceso de cambio político gestionado que intentara evitar, precisamente, la discontinuidad que sufría Portugal”.

- a) El camino será lento y tortuoso pero, aunque probablemente se extenderá por años, va a imprimir una fuerte sacudida a los sistemas políticos instalados en la región.
- b) El desarrollo político modernizador no es de esperar que sea homogéneo sino desigual, con los dos países “de cabeza” manteniéndose en la dirección del proceso, y en el caso de Egipto, por su historia política y su peso demográfico (82,9 millones de personas), por el peso geográfico, económico y diplomático, jugando el papel de espejo central donde mirarse de la región.
- c) Estos desarrollos desiguales según las condiciones de cada nación, obligarán a aproximarse al objeto con algún modelo sobre las variantes internas de los procesos transicionales, empezando por el de Huntington a tal efecto (1994:117 y ss.).
- d) Es pertinente preguntarse qué impulsa estas olas democratizadoras. Hay factores claros, como la presión internacional y el efecto demostración de que puede “funcionar” y que transmiten los medios, ambos factores presentes en el caso árabe. Pero Gil Calvo (2011) plantea con razón las preguntas relevantes: “¿Cuál es el principal motor del cambio que impulsa la propagación transnacional de una oleada democratizadora? ¿Por qué se difunde con preferencia a ciertos países vecinos más que a otros?”, preguntas para la que tendremos que buscar indicios de respuesta.

(4) PRESIÓN DESDE ABAJO: LAS REVUELTAS CÍVICAS

1. Las revueltas populares han sido el elemento más impactante del fenómeno hasta ahora, el más efectivo (la “ruptura” con el antiguo régimen citada), y quizá el que de momento proporciona más información sustantiva al investigador o investigadora, por lo que es importante entenderlas bien. El actor principal que presiona para el cambio de régimen es una revuelta popular de carácter cívico, como se ha dicho, con unas características distintivas principales (autoorganización, desobediencia civil y pacífica, carácter efímero de la acción, lo que se traduce en ausencia aparente de liderazgo claro) que ya Anthony Oberschall (1997:67) describió de esta manera en 1997:

La acción colectiva estructurada de manera imprecisa hace referencia a una acción colectiva que se lleva a cabo por parte de una coalición imprecisa de activistas, de simpatizantes y personas con dedicación no plena cuyas fronteras están mal definidas y son cambiantes, que carecen de un liderazgo central y común, de organización y de procedimientos definidos para tomar decisiones acerca de un curso de acción común.

¿Responde este perfil a la definición clásica de Skocpol de revolución social? (Corregida por Paige para añadir el componente, muy importante, de presencia de un proyecto utópico.). Skocpol se refiere a un tipo particular de revolución, una revolución social que podría denominarse “revolución modernizadora”, y la define así (1979:4):

transformaciones rápidas y básicas del Estado y las estructuras de clase de una sociedad ue van acompañadas por –y en parte se llevan a cabo por medio de-
revueltas desde abajo con fundamento en las clases.

Y esta es la rectificación de Paige (2003:23-24):

Una revolución consiste en una transformación rápida y fundamental producida en las categorías de la conciencia y la vida social, en los presupuestos metafísicos en los que se basan estas categorías y en las relaciones de poder en las que se expresan, como resultado de la amplia aceptación popular de una alternativa utópica al orden social existente.

Los datos que conocemos hasta ahora no satisfacen de inmediato ninguna de las dos definiciones. Respecto a la de Skocpol, se echa en falta la transformación de la estructura de clases: la “revolución” es, de momento, la revuelta desde abajo que derriba al antiguo régimen. Respecto a la de Paige, se echa en falta la “alternativa utópica”. El mismo carácter de “protesta contenida” de la presión desde abajo (Aguilar, 2008:218) las distingue con claridad de ambas definiciones y da una indicación de que estas protestas han sido muy influidas por la transformación de los formatos de presión popular, componente característico de las revoluciones clásicas, que se observa a partir de 1989 (“revoluciones antirrevolucionarias” las denomina Sakwa -2004-, indicando que no es que omitan o se opongan a las revoluciones sino que, en lo fundamental, “acaban” con la imagen y la práctica –heredada del siglo XIX y emparentada con la política modernista a partir de la Revolución Francesa- de la revolución violenta como factor inexcusable del cambio).²¹

Pero, sobre todo, no satisfacen ninguna de las dos definiciones porque se trata de un fenómeno de otra naturaleza: lo que está ocurriendo no es, hasta aquí, una revolución social sino una revolución que busca la democratización del país; en este sentido, es una revolución “modernizadora” parcial (se focaliza en el sistema político) que, tal vez, podría desplegarse después por sectores de la estructura social y retrospectivamente –y a plazo largo- ser considerada revolución social, pero no tenemos indicios de ello a fecha de hoy. Lo que ha ocurrido hasta hoy (abril-mayo de 2011) sugiere una democratización original en marcha, que es “revolucionaria” tanto por sus efectos en el orden político (cambios drásticos y derribo del antiguo régimen) como por la manera de producirlos (por medio de una potente revuelta cívica desde abajo).

2. ¿Si no satisfacen las nociones de Skocpol y Paige, cómo pensar los acontecimientos, entonces? ¿Qué son conceptualmente estos acontecimientos? Hay dos maneras alternativas de concebirlos, derivadas ambas del caso de 1989. Una, pensarlas como “refoluciones” (término de Garton Ash y Dahrendorf [2006]), es decir, simultáneas *reformas* desde arriba y *revoluciones* desde abajo. Este podría ser el caso de Túnez. La segunda, está inspirada en el razonamiento de Bryant y Mokrzycki (1994:1) referido a las “revoluciones” de la Europa del Este en 1989 y años siguientes: a diferencia de

²¹ Dice Garton Ash (2011 a) en esta dirección: “1989 ha pasado a ser el modelo por antonomasia de cualquier revolución de principios del siglo XXI. Lejos están ya 1789, 1917, y 1848”. Algo de ello hay, pero este observador se equivoca a mi entender en dos puntos. Uno, “1989” son en realidad varios casos de revolución; no uno solo sino como mínimo tres, cuyos iconos son la URSS (colapso), Polonia (larga transición negociada entre una sociedad civil vigorosa y movilizadada y el régimen) y Alemania del Este (“revolución de terciopelo”, una especie de convergencia entre un colapso del régimen y lo que aquí denomino “revolución cívica”, que precipita el colapso mencionado). Y dos, la palabra “revolución” se puede aplicar a “1989” con precaución y a alguno de sus aspectos, por las razones que acabo de aducir, pero no se puede aplicar al caso principal (URSS) que es más propiamente una “transición histórica” (los detalles y argumentos en Aguilar, 2008).

lo que dice Skocpol “en la Europa del Este, en cambio, se puede hablar diversamente de la sociedad civil contra el Partido-Estado, de manifestaciones populares, incluso de liberación nacional, pero no propiamente de revueltas con fundamento en las clases”.

Podríamos estar ante un fenómeno parecido a las revoluciones “débiles” de la zona soviética en 1989 (en el sentido también que apunta Offe en *Las nuevas democracias* [2004:16] de que está ausente el elemento utópico y el diseño de una nueva sociedad asociado a las revoluciones modernizadoras clásicas: la “revolución soviética desde arriba” (se refiere a 1989) es “una revolución sin modelo histórico y sin teoría revolucionaria”). Pero eso subraya también el carácter novedoso de nuestro objeto: carece de “teoría revolucionaria”, como 1989, pero es una revolución desde abajo, no desde arriba. Su fuerza motriz no se encuentra en el exterior ni en una determinada institución sino que es endógena: se localiza en su sociedad civil. En este punto, que tendremos que investigar, se parece al caso polaco (sociedad civil en muchos momentos de baja visibilidad que empuja desde abajo, pero también larga transición pactada entre los dos campos, como recuerda Hobsbawm [1995:483]) y quizá, todavía más, al caso alemán oriental (el escenario en las calles de Leipzig en noviembre de 1989 se parece mucho al de Tahrir en El Cairo en febrero de 2011)²². Estas innovaciones han confundido a muchos observadores. Lo sintetiza bien la posición del argelino Khadra (2011), con una visión errónea y extremadamente formalista de los fenómenos revolucionarios:

Pero de ningún modo se trata de revoluciones. Se trata de una reacción espontánea, incoherente y sin orientación precisa, cuyo objetivo es el de expulsar al tirano sin prever ni preocuparse por lo que vendrá después. Una revolución es un acto pensado, maduramente articulado en torno a una hoja de ruta, de una estrategia, y conducido por actores identificados y determinados.

Conclusión: la manera cómo ocurren las cosas dice mucho al observador u observadora sobre la naturaleza del fenómeno (ver Tilly, 1981), de manera que este aspecto de la cuestión deberá ocupar especialmente nuestra atención.

3. Como se ha sugerido, una revuelta cívica es una revuelta popular caracterizada, no solo por su espontaneidad relativa, formato de protesta directa, reivindicación de intereses generales o cuasi-generales y carácter fundamentalmente no-violento, sino también, en la senda de las movilizaciones ciudadanas propias de la era contemporánea,²³ de baja institucionalización, autoorganización, recurso a la desobediencia civil y pacífica, carácter efímero de la acción y ausencia aparente de liderazgo claro. El punto central de este tipo de acción colectiva es su voluntad de intervenir en la vida civil y la esfera

²² Deberíamos encontrar indicios de los mecanismos de *correduría*, *difusión* y *acción coordinada* que Tilly y Tarrow (2007:30-33) han puesto de relieve en su teoría de la contienda política. En las revueltas georgianas de noviembre de 2003, que acabaron con el gobierno de Shevardnadze, “como en la extensión de muchos nuevos movimientos, la difusión a través de los medios y la correduría por medio de agentes interpuestos se combinaron para producir una nueva coordinación”, dicen esos estudiosos. Se trata de una “pauta de difusión y correduría” también observada en Ucrania (2007:cap. 1). Para el caso alemán, ver Dale (2005) y Pfaff (2006).

²³ Por ejemplo en Francia a finales de 1995 o 2006 (contrato de primer empleo), en numerosos países en febrero de 2003 (contra la Guerra de Irak) o en Seattle en 1999, entre otras.

pública, y por tanto defender allí determinados intereses y objetivos, al margen de la estructura institucional. Estas características tan especiales han proliferado en la protesta social desde 1968 en adelante (y el propio 1968 francés, por ejemplo, es ya un primer buen ejemplo de la aparición de este nuevo repertorio), pero se han prodigado contemporáneamente dentro del ciclo de protesta que se inicia el 1 de enero de 1994 (Chiapas) y llega hasta hoy precisamente. Una de las variantes internas de este ciclo han sido los movimientos ciudadanos (véase la nota 21), a mi entender los principales casos de revueltas cívicas recientes mediante las cuales la ciudadanía ha introducido modificaciones notables en los sistemas políticos a la vez que mostraba de manera práctica y ejemplificadora la creciente demanda de participación política en los márgenes de las orgullosas poliarquías occidentales (por otro lado, en la práctica, crecientemente decrepitas y con extendidos signos de berlusconización).

En el caso de los países árabes, y en concreto en Túnez y Egipto, este ha sido el formato principal de acción seleccionado para la protesta. A mi entender esto sugiere, por un lado, un proceso previo de difusión de los repertorios (nota 22), procedente de los episodios más próximos o conocidos de entre los mencionados en la nota 23, que seguramente ha calado mayormente en los grupos de edad jóvenes y con algún grado de instrucción y credenciales culturales (hipótesis), porque no dispongo de información que indique la existencia de tradiciones previas en esa dirección; por otro lado, hay también indicios de que este formato de protesta, como ya se apreció en algunos de los países del bloque soviético que los utilizaron en vísperas de 1989 (por ejemplo, en Alemania Oriental o en Checoslovaquia), ha sido seleccionado por su eficacia en condiciones de enfrentamiento con estados altamente autoritarios y que disponen de un arsenal –e impunidad- intimidante de medios de represión.²⁴ Este formato de acción, por otro lado, sugiere la existencia de una sociedad civil “pasiva” o “dispersa” y con vínculos organizativos débiles, porque allí donde esto no es así (por ejemplo, en la Polonia de Solidarnosc) la contienda política toma muy rápidamente el camino de la negociación y la contienda sostenida.

Esta primera descripción de la noción de revuelta cívica aplicada a los países árabes contiene ya diversos interrogantes sobre los que hay que buscar indicios fácticos en la información recogida. Por otro lado, esos indicios se deben buscar también para radiografiar descriptivamente, a partir de la información disponible en los medios, cómo fueron esas revueltas en Túnez y Egipto; al respecto, un útil modelo descriptivo es el de Pierre Favre (1990:19) reproducido así por Tilly y Tarrow (2007:71):

²⁴ En condiciones como las descritas, la desobediencia civil no-violenta y la rápida sucesión de movilizaciones y desmovilizaciones (que confiere al formato ese característico aspecto de volatilidad), grupos de protesta que se hacen y deshacen con agilidad, así como la ausencia de grandes actores organizados, y por tanto fácilmente localizables, se convierten por su baja visibilidad en un económico formato de contestación.

Diagrama 2

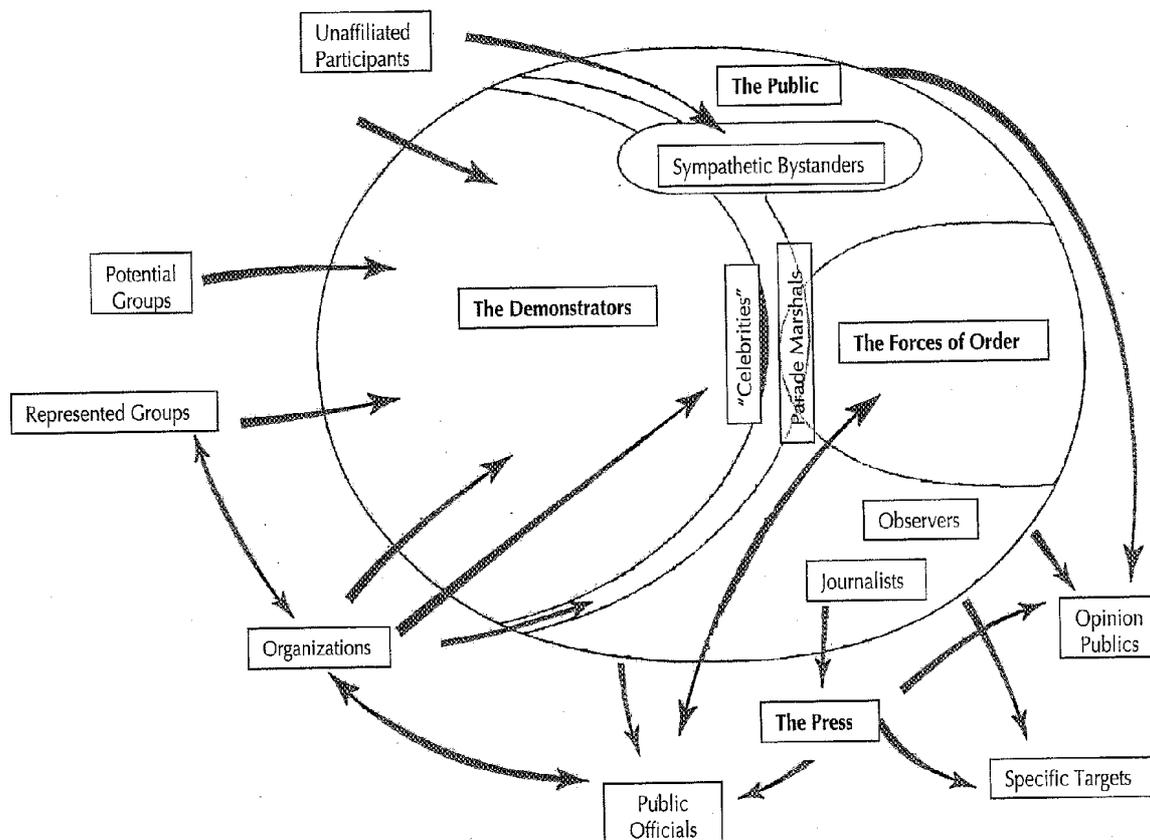


Figure 4.1. Typical Actors in a Demonstration
Source: Favre (1990: 19).

4. Un elemento crucial de las revueltas es saber quiénes son mayoritariamente los manifestantes. Esta es una cuestión que se irá conociendo mejor con el tiempo, pero ahora mismo debemos hacer conjeturas a partir de lo que vemos (en televisiones y documentales) y de los testimonios, como siempre, de los buenos periodistas sobre el terreno.

Una primera impresión, muy generalizada a partir de esas fuentes, es que los y las manifestantes han sido en lo fundamental “gente común”, como ocurrió en Irán en 2009. Dentro de esa masa anónima y “común”, sin embargo, ha quedado claramente la impresión de que predominaban los grupos de edad jóvenes, los y las jóvenes desempleados y subocupados, sectores estudiantiles, punta de lanza o perfil al que se fue uniendo la población en su conjunto (Emmert –2011- calcula en unos cinco millones, sobre una población de 80, de personas las que han participado “activamente” en las movilizaciones de las

principales ciudades egipcias). Ha contribuido a que esta impresión se consolidara el hecho de que el propio carácter de bajo perfil organizativo de los eventos sugería unos *skills* contenciosos propios de la espontaneidad, la improvisación y la carencia de capacidades para la negociación.²⁵ (A pesar de todo, mi propia impresión, como la de otros observadores -Garton Ash, por ejemplo-, va más en la dirección de que estos movimientos importaron quizá el carácter de *movimientos ciudadanos* que han aparecido con cierta periodicidad en las dinámicas de cambio desde 1968, por tanto, de movimientos con más conciencia de serlo y menor improvisación de lo que pueda parecer, interclasistas y ajenos deliberadamente a cualquier dinámica negociadora.)

Esa primera impresión de los manifestantes como “gente común” la comparte un buen observador de los hechos egipcios, Emmert (2011): “La revolución [en Egipto] la pusieron en marcha y ha sido conducida por estudiantes moderados y con un aceptable nivel de educación”; pero añade que “en contraste, el desempleo y la pobreza son más severos entre la población rural y con menor nivel de educación”. A continuación es rotundo al ofrecer una hipótesis alternativa a la de la “gente común”: “esta no ha sido nunca una revolución por el pan y el trabajo. Los pacíficos manifestantes son los egipcios de clase media”, versión que parece verosímil a la vista de los interlocutores egipcios que aparecen en diversos documentales franceses mostrados por TV3.

(5) NUEVOS REPERTORIOS Y ESTRUCTURAS DE MOVILIZACION (NTIC)

(6) EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL CAMBIO DE RÉGIMEN

1. Los argumentos teóricos examinados más arriba, y el de Stepan que sigue, hacen pensar que en todo cambio de régimen que se deshace de una dictadura o hegemonía cerrada, la sociedad civil juega un papel estratégico, por un lado, y que, por otro, la interacción de ésta con el estamento militar constituye el eje crucial de la dinámica política en un contexto así. En situaciones de malestar severo de la población respecto de una dictadura, la dinámica interactiva entre “la sociedad” y “el régimen” es con frecuencia difícil de medir con precisión. Pero hay un acuerdo muy amplio en la sociología política sobre el hecho de que el análisis de la sociedad civil en presencia contiene la clave de cómo se va a desplegar esa dinámica interactiva. Alfred Stepan (1986:79, cursivas mías) ha resumido con maestría los puntos esenciales de la misma:

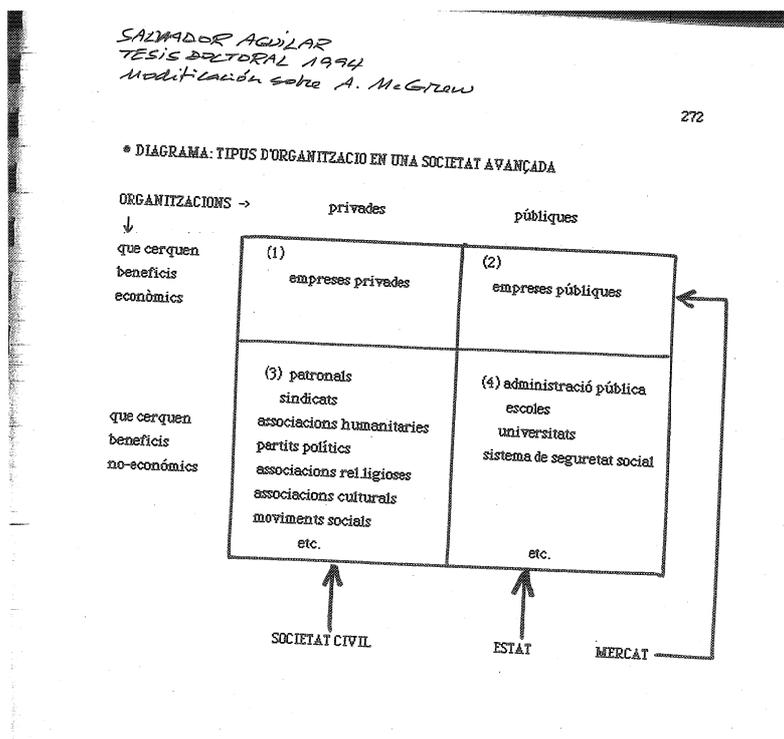
El poder de la sociedad civil para crear y canalizar las presiones sociales es extremadamente importante en el caso de una redemocratización exitosa, en particular por lo que se refiere a los tres subtipos de la senda 4 [ver más abajo]. En las sendas 4a [redemocratización iniciada por líderes políticos civiles o reconvertidos a civiles] y 4b [redemocratización iniciada por el “estamento militar en tanto que gobierno”], los elementos de la línea moderada dentro del régimen autoritario serán incapaces casi con toda seguridad de convencer a los de la línea dura de que una liberación o redemocratización son una necesidad institucional: lo máximo que los elementos de línea moderada pueden conseguir es una liberalización. Por lo que se refiere a la senda 4c [redemocratización dirigida por el “estamento militar en tanto que

²⁵ Por supuesto, si esto se confirmara, otra hipótesis verosímil sería que ese perfil se seleccionó deliberadamente, como hemos dicho, ante el efecto intimidador de los regímenes instalados.

institución”], cuanto menores las presiones sociales, mayores son las prerrogativas que los militares pueden exigir en el período postliberación. Finalmente, para la mayor parte de las sendas, *la fortaleza y debilidad políticamente organizada de la sociedad civil determina en gran medida las barreras a la re-entrada de los militares en el período postdemocrático.*

2. En condiciones poliárquicas, por supuesto, la sociedad civil no sólo es un componente imprescindible de la liberalización política existente sino que constituye la característica más distintiva de una poliarquía: ningún régimen político estable conocido da voz política (reconocida) en la esfera pública a un conjunto de unidades (asociaciones y organizaciones) que forman parte de la esfera privada. Una operacionalización útil de *sociedad civil*, aunque demasiado simple para el tratamiento de ciertos objetos, es la de Anthony McGrew (modificada ligeramente por mí y reproducida en Aguilar 2001bis:323; Diagrama 3). Pero, ¿qué papel juega la sociedad civil en condiciones de largas hegemonías cerradas (como fue el caso de la España franquista y ha sido el de los países árabes examinados)? ¿Existe?

Diagrama 3



La respuesta es afirmativa. En esas condiciones, las que nos interesan aquí, las asociaciones y su actividad son en una mayoría de casos impracticables y de alto riesgo, por lo que la sociedad civil se “invisibiliza”, aunque se pueda captar su existencia por medio de indicios. No existen asociaciones, sobre todo

las políticas, pero a) existen otro tipo de redes, b) aquéllas acostumbran a “camuflarse” en otro tipo de formatos institucionales (asociaciones culturales o acciones colectivas de masas del tipo “turba”, que actúan y desaparecen con gran rapidez), y c) la propia acción colectiva, aunque selectiva y contenida, constituye un indicador de la parte soterrada de la sociedad civil.²⁶ En algunos casos extremos, “totalitarios” (H. Arendt), la sociedad civil se desintegra prácticamente por completo por efecto de la feroz y permanente represión, la emigración de los activistas, y el miedo cerval que domina al conjunto de la población (“generalísimo” Franco: “¿Quieren un consejo? No se metan en política, como hago yo”)²⁷; el caso de la URSS bajo Stalin ilustra la idea y es el factor principal que explica que, para el momento de una posible democratización (bajo Gorbachov), el inmenso país contara con un par de centenares de disidentes y el más emblemático, Sajarov, estuviera desterrado en Siberia (por tanto, sin ninguna posibilidad de iniciar nuevas redes), y que, para la época actual, la Federación Rusa siga mostrando esa peculiar y persistente incapacidad para democratizar la sociedad.

3. Para los casos tunecino y egipcio, se plantea una afirmación y una paradoja:

- a) La afirmación consiste en postular la inexistencia de una sociedad civil vigorosa bajo el régimen predecesor. Los datos disponibles son pocos, y este debe ser un punto estratégico para el que buscar información retrospectiva, pero el propio formato de las revueltas cívicas mencionadas, con una estructura asociativa de coordinación más bien baja, sugiere que la afirmación es correcta. También aquí tenemos otro punto estratégico para la búsqueda de información fiable: ¿cómo se formaron las estructuras de movilización en esos dos países; se trató efectivamente de una leve red organizada de activistas y una gran participación espontánea de la población inmersa en un “momento de locura”? ¿Cómo explicar entonces la protesta *sostenida*? Estamos aquí ante una “fuerza oscura” (Naïr 2011b) para la que, de momento, los observadores han inventado categoría pintorescas; el propio S. Naïr lo expone así:

Los observadores han inventado una categoría bastante curiosa para explicar a la vez el poder y la debilidad de esos procesos revolucionarios: la *calle*. Se dice que la calle, las manifestaciones convocadas en Internet, facebook y los sms, se movilizará para exigir, por ejemplo en Egipto, que Mubarak sea juzgado... En todos los casos, esa fuerza oscura... permanece aún milagrosamente intacta.

- b) La paradoja es la siguiente. Hay coincidencia en que el estallido de Túnez y Egipto fue fundamentalmente endógeno y autoorganizado, y no producto de una gran organización y ayuda exterior. ¿Cómo explicar a la vez esa capacidad, propia en condiciones normales de una sociedad civil con profundas –aunque poco visibles para mantener su integridad- tradiciones asociativas (como la polaca), y la ausencia evidente de las mismas en el momento de las revueltas árabes, donde por definición se requiere “poner toda la carne en el asador”?

²⁶ Por ejemplo, en forma de huelgas más o menos “salvajes”, pero a veces rondando la noción de huelga general. Este es el caso de Egipto en los primeros días de febrero de 2011 (Robinson, 2011, p. 38).

²⁷ Cita aproximada.

Para los casos tunecino y egipcio, disponemos de alguna indicación empírica por parte de Antonio Elorza (2011), un conocido e ilustrado islamófobo español (el Sartori de nuestras tierras), condición que no le impide recobrar la palabra (a fin de cuentas, su insistencia en el peligro inmanente del islamismo ha quedado también refutada en las calles de Túnez y El Cairo) y ofrecer alguna interesante información. Según Elorza (2011), en esos dos países han existido previamente unas “formas de oposición latentes”, “organizaciones larvadas pero actuantes en la sociedad civil”; y también: “En Túnez y Egipto persistía cierto pluralismo, posible relevo del dictador en el vértice, y asimismo en la sociedad civil, como prueban la actuación legal de la asociación tunecina de defensa de derechos humanos o, aún con mayor peso, de los Hermanos Musulmanes en Egipto”. Garton Ash (Ash, 2011b) menciona a los sindicatos tunecinos que “han desempeñado un papel importante”; para el caso egipcio, “están Mohammed el Baradei y su Asociación Nacional para el Cambio, y el líder de la oposición encarcelado Ayman Nour, pero no ha surgido verdaderamente ningún frente popular, foro cívico ni gran estructura de otro tipo”. Pero los datos disponibles (ver Springborg 2011:28) sugieren mayoritariamente la existencia, como parece lógico, de una sociedad civil “pasiva” típica de las hegemonías cerradas.

(7) LA CRISIS ALIMENTARIA : FACTOR DESENCADENANTE 1

En todo fenómeno de crisis política aguda y cambio social sustantivo existen ciertos factores causales que han impulsado el proceso, alguno de los cuales ya ha sido considerado antes para el caso que nos ocupa. Pero hay también otros factores que se ubican en la zona de causación inmediata y, por ello, más que causales, son desencadenantes. Uno de los objetivos primordiales de nuestra pequeña investigación debe ser identificarlos para el caso de las revueltas cívicas ya examinadas. Uno de ellos, del que hablan varios testimonios solventes, es la subida de los precios de los alimentos básicos (trigo, maíz, arroz, soja, azúcar, aceites)²⁸ y su impacto sobre los estándares de vida de la población y sobre la percepción de una mayoría de ésta de hallarse ante una situación crítica. He aquí lo que dice un joven activista argelino en los primeros días de revueltas:

El conflicto se inició porque duplicaron el precio del aceite y del azúcar. Y porque en el barrio Bab el Oued de Argel la policía se enfrentó con los vendedores ilegales...en un país donde todo el mundo se pasa la ley por el forro y la corrupción no tiene límites.²⁹

Estas crisis pertenecen sin duda al stock clásico de las crisis espasmódicas: aquellas que, una vez activo el factor causal (en este caso, las subidas de precios de bienes de primera necesidad), la reacción espasmódica es inmediata y apela a los sentimientos más hondos de la población. Las crisis alimentarias y los motines de subsistencia (*food-riots*) subsiguientes forman parte del territorio familiar de los estudiosos y estudiosas de las sociedades preindustriales y de las primeras etapas de industrialización. Durante mucho

²⁸ Véanse las impresionantes curvas de crecimiento de los precios del trigo, el maíz y el arroz en *El País-Negocios* 13.02.2011, p. 5. O los gráficos de la FAO que reproduce *La Vanguardia* (en el trabajo de Andy Robinson, 2011).

²⁹ *La Vanguardia*, 9.01.2011.

tiempo fueron conceptualizadas erróneamente por la ciencia social como puros mecanismos reactivos o espasmos efímeros de protesta; en paralelo, se construyó la noción de que una acumulación suficiente, crítica, de bolsas de pobreza y miseria era el camino más directo para producir revoluciones desde abajo. La errónea ecuación *pobreza* -> *revolución* fue puesta en entredicho ya en el siglo XIX por parte de Tocqueville y de Marx, que percibieron con claridad que 1) la miseria extrema no crea por sí sola un impulso revolucionario (aunque sí, bajo ciertas condiciones, espasmos efímeros de reacción violenta); y 2) los origina, en cambio, una fuerte percepción individual de privación relativa (medida por la comparación de la posición del interesado respecto de un grupo externo de referencia).³⁰

Para el caso de los motines de subsistencia de la era clásica, los historiadores sociales británicos Eric Hobsbawm y, sobre todo, Edward P. Thompson formularon las mejores críticas de la teorización convencional y adelantaron un nuevo marco explicativo. Thompson (1976) propuso su célebre concepto de *economía moral* para sugerir que las clases populares que se sublevan ante las subidas de los precios, lo hacen, no tanto por la subida en sí o porque esta los hunda en la miseria (por factores materiales compulsivos), sino porque la perciben como el quebrantamiento de un contrato social implícito que, en la sociedad tradicional, garantiza que ciertos límites de la justicia social espontánea no pueden superarse (por factores morales). La respuesta son “disturbios sociales repentinos” (1976:63), pero no en el sentido de la teoría convencional de simples respuestas (automáticas) a estímulos económicos o “rebeliones del estómago” (T.S. Ashton en 1929), sino provocados por “la economía moral de los pobres”: “un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí constituía la ocasión habitual para la acción directa” (p. 66).³¹

Una de las consecuencias de la globalización (y del consiguiente crecimiento industrial acelerado en países y mercados emergentes) ha sido el aumento de las desigualdades y el regreso de los motines de subsistencia (Walton y Seddon, 1994). Para lo primero, según el economista Kenneth Rogoff (2011): “En el interior de los países, la desigualdad de ingresos, riqueza y oportunidades posiblemente sea mayor que en cualquier otro momento del siglo pasado... En un momento en que la desigualdad alcanza niveles similares a los de hace 100 años, el statu quo tiene que ser vulnerable”.³² Por otro lado, la vuelta de los motines ha sido un producto derivado de esto y de los planes de ajuste impulsados por el FMI y puestos en práctica en numerosos países de

³⁰ Estas nociones fueron después perfeccionadas por teóricos del conflicto y la revolución como T.R. Gurr y James Davies. Para una breve y solvente presentación, Dahrendorf (2005).

³¹ La idea parece similar a la que utiliza Stiglitz (2011) para referirse a la situación actual, en Túnez y en el mundo: “Si en un mundo de escasez de puestos de trabajo, quienes tienen conexiones políticas los consiguen, y si en un mundo de riqueza limitada los funcionarios gubernamentales acumulan masas de dinero, el sistema inspirará indignación ante semejantes iniquidades... La indignación contra los bancos de Occidente es una versión más suave de la misma exigencia básica de justicia económica que vimos por primera vez en Túnez y ahora en toda la región”.

³² Parece que Rogoff no se toma totalmente en serio sus propias últimas palabras, porque da por supuesto que habrán nuevas “rondas” de globalización, aparentemente dentro del formato neoliberal que conocemos: “es muy probable que las capacidades de los países para hacer frente a las crecientes tensiones sociales generadas por la enorme desigualdad separen a los ganadores de los perdedores en la próxima ronda de globalización”. La severidad de la crisis generada por la actual “ronda”, así como las reacciones de las clases populares en todo el mundo (entre ellas, las revoluciones árabes), parecen augurar la posibilidad, no de otra “ronda” sino de otro tipo de globalización.

la periferia. En el período que va de finales de 2007 a 2008, una nueva oleada de *food-riots* recorre los países del Sur: desde Haití a la India pasando por Argentina, Indonesia, México y muchos otros lugares.³³ Se desencadena como consecuencia de la mayor subida previa a la actual de los precios de los alimentos básicos y el resultado neto es que los hambrientos del mundo alcanzaron la cifra de 1.000 millones (con otra cifra comparable de personas con sobrepeso en el sistema mundial; véase el estudio del economista medioambiental indio-británico Raj Patel, 2008). Y en 2010, ante las nuevas subidas, se registra la reacción popular en los países árabes por motivos similares. Para Krugman (2011) “hay pocas dudas de que el hecho de que el precio de la comida esté por las nubes ha sido un desencadenante importante de la cólera popular” en los países árabes. Diagnóstico con el que confluye el orientalista Joffé (2011:88): “las actuales crisis empezaron con protestas multitudinarias contra la escalada de los precios de los alimentos y el coste de la vida”.

Pero hay testimonios alternativos sobre el terreno que apuntan en otra dirección. Por ejemplo, Andy Robinson (2011) da a conocer el argumento de una periodista francesa que sale de Túnez: “Los tunecinos con los que yo he hablado decían que les importaba bastante poco el pan, que su revolución era una reivindicación moral para decir ¡basta!”; y el hecho de que el viejo truco de los dictadores de subvencionar el pan, que pusieron en práctica tanto Ben Ali como Mubarak (también lo ha hecho Marruecos), no funcionara como freno a las revueltas hace pensar que ese testimonio anónimo puede ser acertado.

Este es un aspecto clave de las revoluciones que convendrá verificar empíricamente con mayor precisión. Sin embargo, a fecha de hoy, parece verosímil otorgar el papel de “puntilla”, más que de desencadenante principal, que ha tenido esa escalada de precios en las economías árabes (ver Carbajosa, op. cit.). En efecto:

- a) El Norte de Africa es la región mundial más dependiente de las importaciones de cereales (consume el 45% del trigo del mercado mundial) y, por tanto, especialmente sensible a grandes variaciones de los precios.
- b) Estas variaciones se han producido: los alimentos básicos han aumentado el 50% desde mediados de 2010 y han rebasado los máximos de junio de 2008 (ver el segundo gráfico de la FAO en Robinson 2011, p. 38).³⁴
- c) En término relativos, además, la población de los países árabes gasta en alimentación entre el 40 y el 50% de su renta (contra un 15-20% en España) (Robinson, 2011).
- d) Los factores básicos, tanto en la oleada de 2007-2008 como en la actual, que presionan para el alza de precios son compartidos: el aumento de la demanda por los países emergentes, China en primer lugar; el crecimiento de la población mundial (hacia 9.000 millones); el cultivo de maíz, azúcar y soja para los biocombustibles; la productividad

³³ Entre ellos, Egipto, donde Mubarak desplegó al Ejército para la distribución de pan. Es importante reseñar (Robinson, 2011) que es en esa coyuntura que se forma el Movimiento 6 de Abril, en facebook, en la ciudad de Mahala.

³⁴ Con factores colaterales que impactan sobre lo mismo, como es el caso de la política del gobierno de Argelia de forzar a los vendedores del sector informal a pagar el IVA, lo que ha contribuido a disparar los precios (Robinson, 2011).

agraria; el cambio climático; todos ellos magnificados por la especulación (con Goldman Sachs, por ejemplo, en el mercado de futuros) (Robinson, 2011, p. 39).

- e) Una alternativa a este círculo que lleva a las “rebeliones del estómago” (como las mexicanas “revueltas de tortilla”), la soberanía alimentaria, no ha sido puesta en práctica por los países árabes que son parte de la oleada de revueltas (aunque sí por Mali, Ecuador y Bolivia).
- f) A pesar de todo, como hemos señalado al remitir a la teoría de E.P. Thompson, la relación entre subidas y revueltas no es automática, como dice Patel (en Robinson 2011): “si lo fuera, habría ya insurrecciones en India, Bangladesh y China”. Pero las subidas de precios alimentarios constituyen ya una característica estructural de la economía global.

Por todo ello, no tiene sentido buscar una causa única para el proceso. Las revueltas árabes han sido el resultado de una combinación de factores: la extensión del hambre y la pobreza; las subidas de los precios alimentarios; el hartazgo psicológico respecto de unas dictaduras³⁵ que, pese a carecer de alternativa clara, han funcionado a modo de efecto demostración negativo (con la ostentosa vida y patrimonios de una reducida élite cleptómana conviviendo con situaciones ya desesperadas para parte importante de la población, por ejemplo, en Marruecos)³⁶, la existencia de una densa población “murista” (jóvenes sin perspectivas y sin nada que hacer, además de apoyarse en los muros), pero también de sectores radicalizados de la clase media (sobre el caso general, ver Giner 1980). A ello se tiene que añadir un conjunto de factores estructurales de largo plazo que tienen que ver con la inserción, desventajosa, de estos países periféricos en el sistema-mundo y el fracaso de las políticas de desarrollo nacional autocentrado (como fue la revolución desde arriba de Nasser, en Egipto); esa inserción, por otro lado, repercute también en una actitud beligerante y quizá antisistémica de sectores importantes de las clases populares de este Sur global (Amin, 2011). Emmert, un observador sobre el terreno, añade su interpretación que, aunque multifactorial, como tiene que ser, pone el peso principal en el hartazgo del cleptocrático antiguo régimen:

Sin negar el papel que desempeña la economía, esta ha sido primordialmente una rebelión contra el puño de hierro del Gobierno... Por lo que la gente está luchando realmente es por el fin de la omnipresente autoridad de la policía estatal, de la opresiva falta de libertad de expresión, de la sistemática eliminación de cualquier forma de disenso y de oposición (...) “Dignidad” y “respeto” han sido y son las palabras clave de este levantamiento, mucho más que las quejas contra la “pobreza” o el “desempleo”.³⁷

Es una visión, quizá romántica, que debemos tener en cuenta. Pero ya Przeworski (1986:52), estudiando la tercera ola democratizadora, advirtió que

³⁵ Dice S. Naïr (2011b): “Estamos ante unos movimientos que extraen su energía del rechazo profundo de los pueblos”.

³⁶ Ver Robinson, 2011, p. 40.

³⁷ Converge con ello el agudo Garton Ash (2011 a): El Cairo de 2011 “es el grito de los hombres y mujeres oprimidos que vencen la barrera del miedo y viven, aunque sea de forma pasajera, la sensación de libertad y dignidad”. Y el argelino Khadra (2011): “En Yemen, como en Túnez y Egipto, los pueblos reclaman la libertad, el honor y la posibilidad de acceder a una vida decente”.

“un régimen [“autoritario”] no colapsa a menos, y hasta, que se organiza alguna alternativa de tal manera que presente una elección real a ojos de los aislados individuos”.

En conjunto, estos factores seguramente se deben tratar como una típica “coyuntura fuerte” de Skocpol (1979:298) y que tiene como desenlace una revolución: “la reunión o convergencia de procesos y esfuerzos de grupo determinados separadamente y no coordinados conscientemente (ni deliberadamente revolucionarios)”.

(III) DIMENSIONES ADICIONALES

(1) LA FALACIA DEL DETERMINISMO CULTURAL

Durante la última generación, ha sido otra teoría de Samuel Huntington la que ha gozado de amplio predicamento entre las élites occidentales y los movimientos conservadores de todo el mundo. El “choque de civilizaciones” (Huntington, 1993 y 1997) ha paliado, en parte, junto con otro diseño ideológico disfrazado de teoría, la del “final de la historia” de Francis Fukuyama, la carencia de relatos convincentes para reafirmar la hegemonía del capitalismo neoliberal en el terreno exterior y diplomático después del colapso del modelo soviético en 1989-1991.

Pocas veces puede contemplarse de manera tan directa como en estos primeros meses de 2011, el descrédito, súbito e irreversible, de una teoría social (como la de Huntington) con tantos seguidores. A pesar de que el texto en sí es más sensato de lo que su versión abreviada y político-periodística da a entender, la teoría de Huntington había sido puesta en entredicho en medios académicos hace ya mucho (véanse por ejemplo, Ulrich Beck [2006] y Fernando Vallespín [2005]) y por algunos de los pesos pesados de la teoría social mundial, como Daniel Bell (1994): “No tiene mucho sentido considerar el Islam como una fuerza unitaria”; “eso son tonterías retóricas”; la teoría del choque de civilizaciones “es una declaración apocalíptica, arrolladora en sus frases retóricas, que *confunde la cultura con la política*”. Pero son los hechos mismos los que obligarán a retirar del escenario las ideas de Huntington, todavía hoy martillo de creyentes que utiliza sin contemplaciones la derecha extrema euro-atlántica (desde Sarkozy a Merkel y Berlusconi, pasando por el PP español y un largo etcétera); y en este sentido tiene razón Garton Ash (2011a) en el sentido de que Huntington ha sido “víctima de esta revolución” y con él “la falacia del determinismo cultural, y en concreto la noción de que los árabes y los musulmanes no están preparados para las libertades, la dignidad y los derechos humanos. Su ‘cultura’ nos aseguraban Samuel Huntington y otros, les programaba para otra cosa. Que se lo digan a la gente que baila en la plaza de Tahrir...La idea tan condescendiente de que ‘eso nunca podría ocurrir allí’ ha quedado refutada en las calles de Túnez y El Cairo”. Exacto.

Ante nuestros ojos, pero con baja visibilidad, durante la pasada generación se ha producido por lo que parece, de maneras que tendremos que investigar, una sustancial reorientación del marco cognitivo que impulsaba los agravios de una mayoría de la población árabe ahora movilizada. Para resumirlo: desde el terrorismo islamista y Al Qaeda se ha pasado a la democratización interna y Turquía como “faros” de los respectivos relatos nacionales. Podemos especular con algunos factores que han propiciado esta transformación: los procesos migratorios a Occidente y un cierto “aprendizaje” directo de vivir en una

poliarquía así como de la conveniencia de separar religión y Estado,³⁸ el éxito del modelo turco; la asociación entre prosperidad y sistemas políticos liberalizados; el cambio demográfico y el rejuvenecimiento de las pirámides de población de estos países; un cierto “contagio cultural” inducido por los nuevos medios de comunicación y transmisión de información e iconos culturales globales...

Uno de los grandes obstáculos del proceso de democratización abierto residirá con seguridad en cómo modernizar el papel de la religión en la nueva sociedad. La aparición de partidos confesionales, con inevitables conexiones con un Estado teocrático, paralizaría el proceso; y la aparición de partidos análogos a los democristianos europeos permitirían que los sistemas políticos reprodujeran el clivaje iglesia-Estado identificado por Lipset y Rokkan para el caso occidental (1967); es una señal en esta dirección que algunos opositores egipcios, como El Baradei, hayan hecho avanzar la idea de que se ha de impedir constitucionalmente un posible Estado religioso (Díaz-Salazar, 2011). La cuestión de la laicidad (autonomía legislativa del Estado, pluralismo religioso y libertad de conciencia) está y estará a la orden del día; Díaz-Salazar llega a proponer que esta es una de las claves de las revoluciones árabes: “Necesitamos otra democracia que haga verdadera la soberanía popular sobre la riqueza. Este es el reto universal que están lanzando las revueltas sociales en el mundo árabe” (*Ibid.*).

Si ya ha quedado demostrado, por si hacía falta, que la democracia política no es incompatible con la cultura política de los países árabes, todavía no sabemos que perfil tendrá (aunque hay muchos indicios de que se parecerá al perfil turco), y la primera batalla que nos dará indicios nuevos será probablemente la de la laicidad.

(2) LOS DETERMINANTES SISTÉMICO-MUNDIALES (ver p. 10 d)

(3) QUÉ APRENDER DE LAS OLAS PREVIAS Y DE LOS MODELOS TEÓRICOS

Si partimos de la hipótesis de que estamos presenciando el inicio de una nueva ola democratizadora, parece oportuno escrutar las olas previas y los modelos teóricos comparados a que dieron lugar para contribuir a *leer* mejor lo que ahora está ocurriendo. Seleccione para ello cuatro de las, a mi entender, mejores elaboraciones teóricas previas: las de Alfred Stepan (1986), Samuel Huntington (1994), O'Donnell-Schmitter (1986) y McAdam-Tarrow-Tilly (2001).

1. Fruto de una investigación empírica y comparada, Alfred Stepan establece ocho caminos alternativos “que conducen a la finalización de regímenes autoritarios” y al proceso subsiguiente de democratización (1986:65). Los tres primeros se refieren a procesos de retorno a un sistema poliárquico producidos al finalizar la segunda Guerra Mundial; en rigor, se trata de redemocratizaciones y son poco pertinentes para nuestro objeto aquí. Los tres siguientes tienen que ver con lo que he denominado transiciones *puras*: la

³⁸ Entrecornillo “aprendizaje” porque, suponiendo que este factor haya tenido un peso sustancial en ese cambio, el aprendizaje se habría producido, no gracias sino a pesar de las maneras tan poco democráticas –o incluso antidemocráticas– con que estos países del Primer Mundo han gestionado la cuestión de la mano de obra inmigrante.

salida de dictaduras que se inicia por iniciativa del régimen dictatorial y conlleva una transición negociada pero bajo control del viejo régimen: en un primer caso, la iniciativa la lleva un sector del funcionariado civil del antiguo régimen (caso español); en un segundo caso, son los militares en el gobierno los que inician el proceso (caso chileno); y en un tercer caso, son los militares en tanto que institución lo que tienen la iniciativa (caso portugués de 1974). Los tres casos son el meollo de las transiciones a la democracia conocidas y el autor muestra con claridad lo importante que va a ser para la era postransicional que el caso sea uno u otro; pero, aquí también, los casos tienen poca relevancia para unas circunstancias, como las árabes, que no se corresponden con estas condiciones (como mucho, se podría pensar que el tercer caso podría ayudar a comprender lo que *ocurrirá* en Egipto). Tres casos más pueden eliminarse porque tampoco son pertinentes para nuestro objeto: pacto interpartidario; revuelta violenta organizada que coordinan los partidos democráticos reformistas; y la “guerra revolucionaria conducida por marxistas” (se refiere a la Nicaragua de 1979).

El caso restante es el final del régimen autoritario “conducido por la sociedad”, con lo que el autor se refiere a esas situaciones donde el cambio de régimen procede de “protestas difusas desde organizaciones de base, huelgas generales masivas pero no coordinadas, y la retirada general de cualquier apoyo al gobierno”. Añade significativamente el autor que “visto más de cerca, esta es una ruta hacia un cambio de régimen más que hacia una redemocratización completa” (1986:78). Concede que son un elemento crucial para una eventual redemocratización, pero piensa Stepan que por sí solos, los levantamientos “conducidos por la sociedad” son incapaces de llevar a una redemocratización. Ejemplifica esta ruta con tres casos: Grecia en 1973, presionada la dictadura por levantamientos estudiantiles; la Argentina posterior al “cordobazo” en 1969; y Perú después de la huelga general de 17 de julio de 1977.

En resumen, el modelo de Stepan: a) contiene sorprendentemente pocos mecanismos de entrada, por así decir, para encajar allí las revoluciones árabes de 2010-2011, lo que es un indicador de la gran diferencia de condiciones ambientales entre la tercera ola y la actual; y b) contiene su categoría de final de régimen “conducido por la sociedad”, claramente periférico en su modelo, pero que sí es valioso y sugerente para nuestro objeto.

2. ¿Podemos tratar a todos los “regímenes autoritarios” (Huntington, Stepan) como un todo básicamente homogéneo? Ciertamente, no. En primer lugar, el mismo término es objetable y poco satisfactorio. La dualidad “regímenes autoritarios” vs. “regímenes totalitarios” deriva más o menos vagamente de la obra de Hannah Arendt y, ya sin ambigüedades, fue elevado a criterio de distinción, primero por Juan Linz en su caracterización del franquismo como “régimen autoritario” (Linz, 1973) y, después, por el mismísimo secretario de estado norteamericano bajo Reagan general Alexander Haig, que lo utilizó como criterio para conceder la ayuda norteamericana a regímenes “autoritarios” (el Chile de Pinochet) y no a los “totalitarios” (Cuba). Sin comentarios: producto neto de la Guerra Fría. En segundo lugar, es un término no solamente confuso y manipulador sino también ideológico: evita nombrar a ciertos regímenes como fascistas, una categoría más clara y aplicable a ciertos casos.

Dicho esto, es cierto que en una mayoría de casos, cuando hablamos de “dictaduras” o de “hegemonías cerradas” nos estamos refiriendo a una enorme número de sistemas políticos autocráticos que, especialmente en el Tercer Mundo, responden a un perfil aparentemente simple y similar (ver más arriba, la caracterización de una dictadura o “hegemonía cerrada”). Pero solo aparentemente. Huntington nos ofrece una tipología de regímenes de este tipo que muestra su utilidad para comprender la diferente lógica de sistemas que parecen similares:

- a) Huntington opera con una noción simple de “regímenes autoritarios”, que “se definen simplemente por la ausencia de esta base institucional”: elecciones competitivas, participación en ellas de “el grueso de la población”, selección mediante ellas de los principales miembros de un gobierno (1994:107).
- b) Según esa definición, distingue una larga lista de regímenes bien diferentes entre sí pero “autoritarios”: monarquías absolutas, aristocracias feudales, estados sucesores de los imperios continentales (procedentes de la primera ola); estados fascistas, autocracias coloniales, dictaduras militares personalistas (procedentes de la segunda ola); y sistemas unipartidarios, regímenes militares y dictaduras personalistas (procedentes de la tercera ola); así como los sistemas jerárquicos comunales (u oligarquías raciales, como Sudáfrica). Y a continuación muestra cómo, en la práctica, los casos históricos de regímenes autoritarios siguen trayectos que combinan varios de estos tipos (por ejemplo, la Polonia de principios de los años 1980 combinó elementos de sistema de partido único y de un sistema militar basado en la ley marcial y presidido por un general; 1994:109-111), y que por tanto tienen que ser estudiados en su evolución dinámica.
- c) Lo mismo ocurre con los casos históricos de cambio de régimen: “empiezan siendo de un tipo y acaban siendo de otro” (1994:112). ¿Son iguales o similares las salidas de dictaduras o hegemonías cerradas? Tampoco: “Cada caso histórico combina elementos de dos o más procesos de transición. En realidad, cada caso histórico, sin embargo, se aproxima más claramente a un tipo de proceso que a otros” (*Ibid.*). El modelo de Huntington en este punto, aunque no totalmente preciso, es muy sugerente para pensar los acontecimientos de las revoluciones árabes que se avecinan (orientados a crear una nueva institucionalidad). Intentaremos sacarle partido partiendo de nuestro acuerdo con su última frase: se trata de derivar tipos abstractos de los casos empíricos y, sobre esa base, examinar nuevos casos empíricos para establecer la combinación dominante de tipos (que, a su vez, remite a unas lógicas y modelos de análisis más que a otros); por otro lado, la propuesta del autor norteamericano es un punto de partida para abordar la otra cuestión crucial, a saber, cómo “se relaciona la naturaleza del régimen autoritario con la naturaleza del proceso de transición” (*Ibid.*).

Huntington distingue entre cuatro variantes empíricas de “transición”: “transformaciones” (los que están en el poder juegan un papel decisivo para poner fin al antiguo régimen: España, Brasil, Hungría; 1994:120 y ss.); “reemplazos” (los reformistas dentro del régimen son débiles o no existen, mientras que la oposición “acosa al gobierno”; éste es reemplazado cuando “se vuelve más débil que la oposición”: Portugal,

Alemania oriental, Filipinas; p. 135 y ss.); “traspasos” (“la democratización se produce por la acción combinada de gobierno y oposición”: Polonia, Checoslovaquia, Sudáfrica); y finalmente “intervención” (externa)

Distingue también cuatro variantes de régimen autoritario: de partido único, personalista; militar y “oligarquía racial”. Ambos conjuntos de categoría y sus respectivos ejemplos prototípicos están recogidos en el Cuadro 3.1 de la p. 110.

En resumen, si más arriba hemos atendido, con el modelo de Przeworski, a los factores que contribuyen a liquidar una dictadura prolongada que cuenta con pocos apoyos pero carece de alternativas claras, la teorización de Huntington sirve para conceptualizar el paso siguiente: la *salida* de la dictadura. Se trata de buscar los datos adecuados para captar la lógica de esta parte del proceso, pero de momento los datos disponibles sugieren que las revoluciones árabes, que todavía no han iniciado el camino para culminar el cambio de régimen con una nueva estructura institucional, es posible que se sirvan de un esquema innovador que todavía no podemos percibir. Los datos que tenemos sobre Túnez y Egipto no van en la dirección ni de un traspaso ni de una intervención externa (que sí se ha producido, en cambio, en el caso libio); o ponen en práctica una variante innovadora o, al menos Egipto, puede que recree las condiciones de una transformación (con el estamento militar llevando a la práctica a partir de ahora alguna de las tres subvariantes de la senda 4 de Stepan) o, en el futuro, un reemplazo.

3. O'Donnell y Schmitter

Su estudio conjunto de 1986 ha sido durante mucho tiempo el manual para desentrañar (e incluso para impulsar) las transiciones democráticas que se inician con la portuguesa en 1974. El estudio pone el énfasis en que a) toda transición es un intercambio de continuidades por discontinuidades; b) que el actor central es una coalición de moderados procedentes del antiguo régimen y de la antigua oposición democrática; c) que se trata de un proceso de ingeniería política cuyo fin es trasladar una hegemonía cerrada a una poliarquía postransicional por medio de una permanente negociación en el seno de esa coalición, y por medios fundamentalmente pacíficos. Su perspectiva se centra en el aspecto innegable de pacto entre las élites políticas como aspecto explicativo básico de estos fenómenos.³⁹

4. McAdam-Tarrow-Tilly

Estos estudiosos lideran desde hace años la investigación más solvente en el área de lo que ellos llaman *contention* o contienda política, término introducido por Charles Tilly para designar una nueva forma de concebir el conflicto social. Su aportación es útil para estudiar las revoluciones árabes, al menos por dos motivos.

a) Las transiciones como fenómenos conflictuales.

Su obra colectiva de 2005, contiene una nueva manera de enfocar el análisis de la transición española que ha hecho justamente fortuna. Utilizan la perspectiva de las élites tan bien analizada por Schmitter y O'Donnell

³⁹ Aunque con frecuencia eso la convierte en un modelo teórico poco flexible, al no dejar espacio para las muchas “anomalías” de los casos concretos. Para alguna de ellas, véase por ejemplo el agudo artículo de J.M. Colomer, “Poco pueblo y poco plan”, en *El País*, 29.11.1995, p. 11.

(epígrafe anterior), pero muestran en su análisis del caso español (2005:190 y ss.) el papel decisivo, también, de la presión desde abajo –las manifestaciones callejeras de 1976- una vez la transición ya ha comenzado. Es un enfoque necesario y muy útil para otras transiciones, también para la previsible salida de la dictadura de al menos algunas de las revoluciones árabes, pero está por ver si será primordial para éstas, dado que, a diferencia del caso español, se han generado endógenamente, por impulso propio de las sociedades civiles, caso inédito entre 1974 y el presente, y han ocurrido *antes*, no después, de iniciada la transición.

b) Un nuevo enfoque general de investigación.

No estoy seguro de que tengamos capacidad logística para aplicar el enfoque de la contienda política al caso de las revoluciones árabes. Este enfoque, que se está poniendo a prueba en los últimos años en muchos lugares, tiene la dificultad de ser muy complejo de aplicación y necesitado de amplia información de primera mano. Se basa en unos pocos principios metodológicos:

(b.1) “Utilizamos los mecanismos y los procesos como soportes de nuestra explicación; los episodios, como soporte de nuestra descripción. Por lo tanto, apostamos por una forma de funcionar del mundo social: que las grandes estructuras y secuencias nunca se repiten a sí mismas, sino que son el resultado de diferentes combinaciones y secuencias de mecanismos de alcance muy general.” (2005:32).

(b.2) “Tales mecanismos se concatenaron en procesos más complejos tales como la radicalización y la polarización del conflicto, la formación de nuevos equilibrios de poder, y las realineaciones del sistema político siguiendo nuevas líneas.” (2005:35).

(b.3) “La contienda política implica muchas formas y combinaciones diferentes de acción colectiva. Pone al descubierto complicados procesos sociales. La violencia vigilante, los golpes militares, las rebeliones obreras y los movimientos sociales implican muy diferentes tipos de contienda política, pero todos ellos se despliegan por medio de intrincadas interacciones. El intento de explicar cualquier proceso social complejo (contencioso o no) implica tres pasos: 1) la descripción del proceso, 2) descomponer el proceso en sus causas básicas, y 3) recomponer esas causas dando lugar a una explicación más general sobre cómo tiene lugar el proceso. La buena descripción, sin embargo, nunca parte de cero... necesita de una guía fiable para describir. Lo que hace una guía fiable es identificar las características que debemos buscar, características que, claramente, se encuentran dentro de lo que debemos explicar. Los conceptos de... *actores políticos, identidades políticas, acciones contenciosas y repertorios* forman nuestra guía elemental para la descripción de los procesos que queremos explicar.” (Tilly y Tarrow, 2007:27). (Esta propuesta teórica refuerza nuestro comentario aquí en la Introducción de la sección II.)

(4) LOS FACTORES NOVEDOSOS DE LA REVOLUCIÓN ORIGINAL ARABE

De todo lo dicho se desprende un pequeño conjunto de factores que hacen que esta revolución de los países árabes sea verdaderamente original. S. Naïr (2011b) resume muy bien las condiciones innovadoras de esta oleada

democratizadora (que combina con una acertada reflexión metodológica de resonancias levi-straussianas):

Si la historia humana, al contrario de la naturaleza, no obedece probablemente a ley predeterminada alguna, lo que es seguro es que la ley, por su parte, es sin duda el producto cada vez específico de la historia. Lo que ocurre hoy en el mundo árabe es desde este punto de vista del todo excepcional y significativo... He aquí un proceso revolucionario...[que] continúa abriéndose camino en profundidad sin que nadie pueda afirmar con certeza cuándo y cómo se detendrá. Su ley específica aparece sin embargo con claridad: es un movimiento espontáneo, desarmado, sin dirección política organizada, sin líderes reconocidos e incontestables, sin fuerza material ni financiera.

Por tanto:

1. Es una revolución con fortísima presión desde abajo y de causación exclusivamente endógena. Lo que acabamos de decir: una paradoja si se considera que había escasas noticias sobre la existencia de una sociedad civil vigorosa, imprescindible para producir tales efectos.
2. Eso ocurre en una región donde medios académicos de todo el mundo aseguraban que regía la ley de Huntington, es decir, una “civilización”, o parte de ella, donde se suponía que el factor religioso musulmán y la tradición teocrática impedirían cualquier modernización liberal que pudiera pensarse, y en específico, cualquier democratización. Lo ha dicho bien Garton Ash (2011 a): la hipótesis (o el dogma) de Huntington ha quedado refutada en las calles de Túnez y El Cairo.
3. Jack Goldstone (1991) señaló ciertas correlaciones entre la presión demográfica y el estallido revolucionario que pueden ser pertinentes para el caso. Sabíamos ya que los desequilibrios entre población y recursos presionan para generar miseria económica, malestar social y conflicto político (Aguilar, 2001:328), pero el estudio de Goldstone puso de relieve el papel de las tendencias demográficas, en ciertas condiciones, para producir directamente el estallido de crisis políticas y “explosiones revolucionarias” (p. XXV) adicionales. Uno de los factores nuevos y de correlación directa evidente con las revoluciones árabes es el gran crecimiento demográfico de estos países y el enorme porcentaje de población menor de 25 años (Hendawy, 2011).
4. El anterior factor causal “viejo” para el espasmo revolucionario, la presión demográfica, se ha reunido, seguramente por azar, con otro prototipo clásico para la revuelta popular, como es el *food-riot* o motín de subsistencia que ha provocado varias subidas sustanciales de los precios de los alimentos básicos. Los factores 3 y 4 se pueden pensar como factores “viejos”, pero su inserción en el proceso de cambio tiene mucho de novedoso.
5. Y los dos últimos factores han confluído con otro factor de esta revolución original, este totalmente nuevo: ha nacido lo que algunos analistas conciben como un nuevo sujeto histórico, la juventud. Muchos de los activistas tunecinos pertenecen a este sector; una joven activista aclara en su blog: “el paro es la chispa que ha provocado esta revuelta, pero los manifestantes critican también al poder, hartos de los 23 años de dictadura, corrupción y de la falta de libertad de expresión”⁴⁰; otro joven argelino hace una síntesis de la situación para el periodista: los jóvenes activistas tunecinos y argelinos (y sus hermanos

⁴⁰ *El País*, 6.01.2011, p. 3.

pequeños, niños, también manifestantes) “lo único que saben es que estamos hartos de no tener futuro, de que hagan con nosotros lo que les dé la gana” y alude a que, tengan estudios o no, son “muristas” (“nos pasamos el día apoyados en la pared, aguantando el muro”).⁴¹ Más abajo prestamos atención especial a los factores 4 y 5.

6. Sidney Tarrow (2010) y Donatella de la Porta, entre otros, nos han alertado en los últimos años sobre el surgimiento de una doble red, nacional y transnacional, de protesta y reivindicación que transforma los fenómenos políticos. Un aspecto de esta transformación ha sido puesto de relieve también por las revoluciones árabes, como ha recordado Castells (2011) aludiendo a Túnez y Egipto: “La comunidad creada en la plaza y la cobertura informativa de los medios internacionales y la televisión por satélite, con Al Jazira en primer lugar, ampliaron la protesta y le dieron una conexión local-global que empieza a ser la característica de las nuevas revoluciones”.

(IV) HACIA DÓNDE VAN LAS REVOLUCIONES ARABES.

¿Cómo acabará la revolución democrática en Egipto y en Túnez? Elorza da este diagnóstico: “las experiencias egipcia y tunecina tienen altas posibilidades de ser resueltas a corto plazo mediante relevos parciales en el interior de unas élites que ya ejercían el poder” (algo que se parece al “cambio tutelado” de Xavier Batalla, 2011a). Con los datos disponibles, parece posible, pero la potencia y persistencia de las revueltas cívicas hace pensar que la posibilidad de “ruptura” (el bando rupturista es el que pidió el NO en el referéndum egipcio) no se puede descartar.

(V) CRONOLOGIAS DE ACONTECIMIENTOS CLAVE

(V.1) TÚNEZ

Background.

1987 El régimen de Ben Ali asume el poder, después de incapacitar al viejo líder de la independencia Habib Bourguiba.

2009 Octubre. Última de las elecciones ganadas por Ali “con más del 90% de los votos y reserva a la oposición un 25% de los escaños del Parlamento, en realidad ocupados por gente afín”. La verdadera oposición es la del histórico Ahmed Nejib Chebbi, que no tiene más poder que el de criticar.⁴²

Datos básicos de las protestas. Cronología.

17.12.2010 Mohamed Bouazizi, parado de 26 años, se inmola y quema a lo bonzo en Sidi Bouzid como protesta por la crisis. Fallece el 5.01.2011. Su gesto provoca “una onda expansiva” (corresponsal): las protestas se desatan en gran parte del país, primero en pequeñas ciudades y después en la capital, donde la concentración se produce ante la sede del sindicato único UGTT, a la contra de los manifestantes.

24.12 Protesta en el centro de Menzel Bouzayane, con 2 manifestantes muertos por la policía. Un manifestante joven se suicida lanzándose contra cables de alta tensión (con gritos contra el paro y la carestía de vida).

25.12 Se extienden las manifestaciones a Kairouan, Sfax y Ben Guerdane.

27.12 Reyerta en Túnez capital entre la policía y 1000 manifestantes (reivindicación: puestos de trabajo + solidaridad con los manifestantes de las regiones más pobres).

⁴¹ *La Vanguardia*, 9.01.2011.

⁴² *La Vanguardia*, 30.12.2010, p. 4.

- 28.12 El presidente Ben Ali aparece en TV para tildar de “inaceptables” las protestas; critica “el uso de la violencia en las calles por una minoría extremista”.
- 2.01 “Operación Túnez” de los hackers de Anonymous: las webs del gobierno colapsan ante los ataques cibernéticos.
- 3.01 Marcha pacífica de 250 estudiantes en Thala, atacados con gases lacrimógenos por la policía.
- 4.01 Anuncio de huelga general para el 6.01 en protesta por la represión policial.⁴³ La convocan internautas y el Colegio de Abogados.
 - 6.01 Contrataque de presidente Ben Ali: visitó en el hospital a Buazzizi; anunció en TV que dedicará 3.495 millones de euros a combatir el paro juvenil; destituyó a los ministros de Comunicación y Comercio; atacó a Al Jazira (los medios públicos tunecinos ignoran la protesta); y arremetió contra las “instrumentalizaciones políticas” de las protestas.

(V.2) EGIPTO

Background contemporáneo. Cronología

- 1952 Golpe del coronel Gamal Abdel Nasser el 22 de julio, que derroca al rey Faruk e instaura una República.
- 1954 El ejército británico se retira del país.
- 1956 Nasser, presidente. Nacionaliza el Canal de Suez (propiedad de Francia y Reino Unido). Guerra contra estos dos países e Israel, que atacan al régimen nasserista.
- 1967 Guerra de los Seis Días: Israel vence a Egipto, Jordania y Siria.
- 1970 Muere Nasser.
- 1973 Guerra del Yom Kippur. Egipto y Siria atacan a Israel.
- 1977 18-19 enero: revueltas del hambre.
- 1978-79 Acuerdos de Paz de Camp David Egipto-Israel.
- 1979 Marzo: tratado de paz Israel-Egipto. La Liga Árabe expulsa a Egipto.
- 1981 Islamistas radicales asesinan a Sadat. Le sucede el vicepresidente Mubarak.
- 1986 El ejército aplasta una rebelión en las filas de la policía.
- 2005 Los Hermanos Musulmanes obtienen el 20% en elecciones generales.
- 2006 Diciembre: huelga general de funcionarios.
- 2008 Abril: revueltas del hambre y huelgas obreras.
- 2010 Elecciones. Partido de Mubarak obtiene 80% votos en fraude electoral.⁴⁴

Datos básicos de los 18 días de revolución. Cronología.

- 25.01.2011 Primera gran marcha contra Mubarak en El Día de la Ira. 4 muertos.
- 27.01 Nobel de la Paz El Baradei llega y se suma al movimiento de protesta.
- 28.01 Crece la protesta. 70 muertos. El gobierno decreta el toque de queda y corta el acceso a internet y móviles.
- 29.01 Mubarak nombra al general Suleimán, a cargo del espionaje, vicepresidente.
- 31.01 Ejército anuncia que no disparará contra los manifestantes.
- 1.02 Un millón de manifestantes en Tahrir. Mubarak anuncia que no se presentará a elecciones de setiembre pero que pilotará el proceso político. (Un caso típico de “salidas garantizadas”, según el término de Huntington, 1994:113.)
- 5.02 Cúpula del gobernante Partido Nacional Democrático dimite en bloque.
- 10.02 Discurso televisado de Mubarak: insiste en permanecer al mando y rechaza presiones exteriores. A continuación, al parecer, el consejo supremo militar le da a elegir entre “lacorte marcial o la dimisión” (Naïr 2011 a).
- 11.02 Suleimán anuncia que Mubarak dimite y cede el poder al Ejército.⁴⁵

(III.3) ARGEL

- 9.01 Protestas por el alza de precios de los alimentos (V 9.01.2011).

⁴³ De *El País*, 6.01.2011, p. 3.

⁴⁴ De “Un Estado bajo control militar”, en *El País* 12.02.2011, p. 8. Y de *Le Monde Diplomatique*, marzo de 2011, p. 12.

⁴⁵ *Ibid.*

Bibliografía citada

AGUILAR, Salvador

(1991) *Sindicalisme i canvi social a Espanya, 1976-1988*, vol. VI: Salvador Aguilar i Jordi Roca, *Epíleg: la vaga general del 14-D*, Fundació Bofill i Fundació Volkswagen, Barcelona.

(1993) "Transición política", entrada de la Enciclopedia Larousse, Planeta.

(2001) "Movimientos sociales y cambio social. ¿Una lógica o varias lógicas de acción colectiva", en *Revista Internacional de Sociología*, 30, septiembre-diciembre, pp. 29-62.

(2001 bis) *Ordre i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats*, Hacer.

(2008) "El laboratorio postsoviético y la teoría de la revolución", *Revista de Estudios Políticos*, 139, enero-marzo, pp. 197-231.

(2008 bis) "Después de la crisis del movimiento obrero: el conflicto social en la era de la globalización", Congreso de Ciencia Política Crítica, Bilbao 15-16.11.2008. Disponible en las publicaciones digitales de la UB: <http://hdl.handle.net/2445/10942>.

AMIN, Samir

(2011) "The trajectory of historical capitalism and marxism's tricontinental vocation", en *Monthly Review* 62, 9, febrero de 2011, pp. 1-18.

ASH, Timothy Garton

(2005) "¿Qué es el Islam?", en *El País-Domingo*, 18.09.2005, p. 10.

(2011a) "Acertar con los pasos siguientes en Egipto", *El País*, 12.02.2011, p. 33.

(2011b) "¿Estamos ante el 1989 de los árabes?", en *El País*, 7.02.2011, p. 27.

BATALLA, Xavier

(2011 a) "Cambio tutelado", en *La Vanguardia*, 19.03.2011, p. 16.

BECK, Ulrich

(2006) "Por qué se equivoca Huntington", en *El País*, 21.12.2006, p. 13.

BELL, Daniel

(1994) "¿Choque de civilizaciones?", en *El País*, 6.08.1994, p. 9.

BRYANT, Christopher y Edmund Mokrzycki

(1994) *The new great transformation? Change and continuity in East Central Europe*, Routledge, Londres.

CASTELLS, Manuel

(2011) "Revolución en Egipto", en *La Vanguardia*, 12.02.2011, p. 23.

DAHL, Robert

(1953) y Charles Lindblom, *Politics, economics and welfare*, Transaction, New Brunswick, ed. de 1992 con un nuevo Prefacio de los autores.

(1971) *Polyarchy. Participation and opposition*, Yale University Press, New Haven.

(Traducción castellana en Ed. Tecnos, Madrid.)

(1973) (Ed.) *Regimes and oppositions*, Yale University Press, New Haven.

DAHRENDORF, Ralf

(2005) "La política de la frustración", en *La Vanguardia* 16.10.2005.

(2006) *El recomienzo de la historia. De la caída del Muro a la Guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires.

DALE, Gareth

(2005) *Popular protest in East Germany, 1945-1989*, Routledge, Londres.

DIAZ SALAZAR, Rafael

(2011) "El futuro político del mundo árabe y la laicidad", en *El País*, 4.03.2011, p. 31.

DOBRY, Michel

(1988) *Sociología de las crisis políticas*, CIS, Madrid.

ELORZA, Antonio

(2011) "Revoluciones inacabadas", en *El País*, 2.05.2011, p. 27.

(2011 a) "El miedo", en *El País*, 21.02.2011, p. 23.

EMMERT, Frank

(2011) "La 'generación Y' hace la revolución", en *El País* 14.02.2011, p. 29.

FAVRE, Pierre

(1990) *La manifestation*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

GIL CALVO, Enrique

(2011) "La 'cuarta ola' democratizadora", en *El País*, 11.03.2011, p. 35.

GINER, Salvador

- (1980) "La revolución", capítulo 13 de J.F. Marsal y B. Oltra (eds.), *Nuestra sociedad: introducción a la sociología*, Vicens Vives, Barcelona.
- GOLDSTONE, Jack
(1991) *Revolution and rebellion in the early modern world*, University of California Press, Berkeley.
- GRANOVETTER, Mark
(1973) "The strength of weak ties", *American Journal of Sociology*, 78, 6, mayo, pp. 1.360-1.380.
- GUNTHER, Richard y N. Diamandouros y H.-J. Puhle (eds.)
(1995) *The politics of democratic consolidation. Southern Europe in comparative perspective*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- GURR, Ted Robert
(1969) "A comparative study of civil strife", cap. 17 de Hugh Davis Graham y T.R. Gurr (eds.), *The history of violence in America*, Bantam, Nueva York.
- HENDAWY, Gamal
(2011) "Los perfiles de la población [egipcia]", en AA.VV. Dossier La Vanguardia, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 39-46.
- HIRSCHMAN, Albert
(1977) *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y y estados*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HOBSBAWM, Eric
(1975) "Civilians versus military in XXth century politics", capítulo 18 de E. Hobsbawm, *Revolutionaries*, New American Library, Nueva York. (Original de 1967.)
(1995) *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- HUNTINGTON, Samuel
(1993) "The clash of civilizations?", en *Foreign Affairs*, verano de 1993.
(1994) *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona.
(1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, (original de 1996).
- JOFFÉ, George
(2011) "El futuro del Norte de Africa", en AA.VV. Dossier La Vanguardia, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 88-91.
- KHADRA, Yasmina
(2011) "No son revoluciones", en *El País*, 4.02.2011, p. 33.
- JOHNSON, Chalmers
(1966) *Revolutionary change*, Little Brown, Boston.
- KRUGMAN, Paul
(2011) "Sequías, inundaciones y alimentos", *El País Negocios*, 13.02.2011.
- LINZ, Juan
(1973) "Opposition to and under an authoritarian regime: the case of Spain", cap. 6 de Robert Dahl (1973).
- LINZ, Juan y Alfred Stepan
(1996) *Problems of democratic transition and consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- LIPSET, Seymour y Stein Rokkan
(1967) *Party systems and voter alignments*, Ed. S.M. Lipset y S. Rokkan, Free Press, Nueva York, especialmente pp. 1-64.
- MAGDOFF, Fred
(2009) "La crisis alimentaria mundial", cap. 1 de AA.VV., *La debacle de Wall Street y la crisis del capitalismo global, 2007-2009*, Monthly Review-Selecciones en castellano, No. 10, Ed. Hacer, Barcelona.
- McADAM, Doug con Sidney Tarrow y Charles Tilly
(2001) *Dynamics of contention*, Cambridge University Press, Cambridge, Sección "A civil war that never happened: the Spanish transition to democracy", p. 171 y ss.
(2005) *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.
- NAÍM, Moisés
(2011) "¿Cómo muere una dictadura?", *El País*, 13.02.2011, p. 9.
- NAÍR, Sami
(2011a) "De Túnez a El Cairo", en *El País*, 18.02.2011, p. 25.
(2011b) "La originalidad árabe", en *El País*, 9.04.2011, p. 6.

- OBERSCHALL, Anthony
 (1997) "Loosely structured collective conflict", cap. 3 de *Social movements. Ideologies, interests, and identities*, Transaction, New Brunswick.
- O'DONNELL, Guillermo y Philippe Schmitter
 (1986) *Transitions from authoritarian rule. Tentative conclusions about uncertain democracies*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore. (Traducción castellana en Ed. Paidós, Barcelona.)
- O'DONNELL, Guillermo y Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.)
 (1986bis) *Transitions from authoritarian rule. Southern Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore. (Traducción castellana en Ed. Paidós, Barcelona.)
- OFFE, Claus
 (2004) *Las nuevas democracias. Transición política y renovación institucional en los países postcomunistas*, Hacer, Barcelona.
- OLSON, Mancur
 (1965) *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Harvard University Press.
- OPPENHEIMER, Andrés
 (2011) "Egipto, Túnez y Sudamérica", *El País* 15.03.2011, p. 14.
- PAIGE, Jeffery
 (2003) "Finding the revolutionary in the revolution: social science concepts and the future of revolution", cap. 2 de John Foran, *The future of revolutions. Rethinking radical change in the age of globalization*, Zed, Londres.
- PATEL, Raj
 (2008) *Obesos y famélicos. El impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial*, Ed. Los Libros del Lince, Barcelona.
- PFAFF, Steven
 (2006) *Exit-voice dynamics and the collapse of East Germany. The crisis of leninism and the revolution of 1989*, Duke University Press, Durham.
- PRZEWORSKI, Adam
 (1986) "Some problems in the study of the transition to democracy", cap. 2 de G. O'Donnell, Ph. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from authoritarian rule. Comparative perspectives*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- ROBINSON, Andy
 (2011) "Pan, libertad y facebook", en *La Vanguardia*, 13.02.2011, pp. 38-40.
- ROGOFF, Kenneth
 (2011) "El comodín de la desigualdad", en *El País-Negocios*, 13.02.2011, p. 6.
- SAKWA, Richard
 (2004) *Postcomunismo*, Hacer, Barcelona.
- SCOTT, James
 (1985) *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, Yale University Press, New Haven.
- SKOCPOL, Theda
 (1979) *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China*, Cambridge University Press, Cambridge. (Traducción castellana en Ed. FCE, México.)
- SPRINGBORG, Robert
 (2011) "El poder militar en Egipto", en AA.VV. Dossier La Vanguardia, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 23-28.
- STEPAN, Alfred
 (1986) "Paths toward redemocratization: theoretical and comparative considerations", capítulo 3 de G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from authoritarian rule. Comparative perspectives*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- STIGLITZ, Joseph E.
 (2011) "El catalizador tunecino", en *El País-Negocios*, 13.02.2011, p. 6.
- TARROW, Sidney
 (2002) "Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación", cap. 4 de M. Traugott (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona.
- (2010) *El nuevo activismo transnacional*, Hacer, Barcelona.
- THOMPSON, Edward P.

- (1979) "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona.
- TILLY, Charles
(1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Ed., Madrid.
- (1998) "Conflicto político y cambio social", cap. 1 de Ibarra y Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.
- TILLY, Charles y Sidney Tarrow
(2007) *Contentious politics*, Paradigm, Boulder.
- TRIMBERGER, Ellen Kay
(1978) *Revolution from above. Military bureaucrats and development in Japan, Turkey, Egypt, and Perú*, Transaction, New Brunswick.
- TURNER, Ralph & Lewis Killian
(1972) *Collective behavior*, second edition, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- VALLESPIN, Fernando
(2005) "Alianza de civilizaciones", en *Claves de Razón Práctica*, 157, pp. 4-10.
- WALTON, John y David Seddon
(1994) *Free markets and food riots. The politics of global adjustment*, Blackwell, Londres.
- ZOLBERG, Aristide
(1972) "Moments of madness", en *Politics and Society*, 2, invierno, pp. 183-207.